

Dijimos que al lado de esa satisfaccion hay para nosotros un desconuelo; y porque es sincero, y porque es hondo, vamos á pasar por él muy ligeramente. Triste es decirlo; pero solo *La Discusion* y *El Pueblo*, solo los que pasan por órganos de un partido liberal, aparecen haciendo coro en sus ataques al partido progresista, con los autores de los suplicios de Loja; con los fundadores de presidios para sufrimiento de los que fueron conducidos en cuerdas á título de demócratas; con los que redactaron las circulares de 61; con los que toleraron las quemas de libros; con los que desde Calomarde acá, han hecho una guerra más encarnizada á la libertad y al progreso del país.

Estamos seguros de que *La Discusion* y *El Pueblo* no han reparado en esta coincidencia; no podemos creer que acepten intencionalmente esa complicidad, y nos contentamos con señalarla á su reflexion y á su patriotismo.

No vemos el menor interés en empeñar una discusion sobre lo más ó menos que valga hoy el partido progresista como agrupacion de personas; ese valor no se averiguará en una polémica, le marcarán las circunstancias, le determinarán los sucesos, le dará á conocer el tiempo.

No queremos empeñarla hoy por ningun otro motivo, con nuestros compañeros en la lucha contra la reaccion; si escribimos estas brevísimas líneas, es solo para que nadie pueda tomar nuestro silencio por descortesía, por absurda que fuera siempre la interpretacion; es para que conste nuestra resolucion de no acep-

tar en estos momentos, á no vernos obligados á ello, cosa que no esperamos, una discusion con los que, como nosotros, pelean por la libertad.

Felizmente, (y esto no va ya dirigido á la democracia, es una advertencia para los hombres de otras opiniones), nuestro partido lleva medio siglo enseñando á España el secreto de la constancia y de la firmeza de caractéres; dentro de él hay derecho á la melancolía de los reveses; pero al lado de su bandera no llegan ni el abatimiento ni la postracion, aun en períodos en que ciertas almas, convertidas en el estado de cosas, y variables como las estaciones, giran á capricho del viento que corre: si el partido progresista no tuviera más que esa leccion que dar, por su actitud ante las aventuras de la fortuna, por eso solo mereceria una alta consideracion en estos tiempos de escepticismo.

Cuando leemos en lo pasado, y vemos tras de nosotros tantos talentos, tantas virtudes, tantas abnegaciones, tantas conquistas, tantos campos de batalla, tantas victimas ilustres, cuya memoria es una garantía del triunfo para el progreso, no nos inquietamos en investigar afanosamente cómo vendrá la victoria de nuestra idea: si la libertad necesita ser merecida, merecida la tenemos, y no podemos menos de obtenerla muy pronto. ¿Vendrá pacíficamente? ¿Tendrá que venir escoltada por la revolucion? ¿Qué nos importa? El tiempo lo dirá. Lo que sabemos es, que cada hora que suena, suena para el progreso; que reposado en su fuerza, y apoyados en su principio como sobre la cabeza del leon

de España, podemos dejar pasar lo que pasa de prisa, y mirar altivamente el porvenir.

Marzo 24.—1863.

III.

Sigue siendo la única cuestión que está sobre el tapete la actitud del partido progresista; siguen todos nuestros colegas discurrendo largamente sobre ella, y recogiendo y comentando, ó dando tortura á los artículos de *La Iberia*, á quien desde todos los bandos y todas las agrupaciones se dirigen las más opuestas y más contradictorias preguntas, tales, que la mitad de ellas pueden casi contestarse con la otra mitad.

Por fortuna, nuestra tarea es sencilla, nuestra posición clara y despejada, hasta el punto de que podemos dispensarnos de emplear un número entero en contestaciones, que tanto necesitaríamos si hubiéramos de hacernos cargo de todo lo que á nosotros se dirige.

Sin esperar las interrogaciones, esplicamos ampliamente la actitud del partido progresista, y la muestra en el artículo que publicamos el día 18, y nada ha ocurrido desde esa fecha que nos aconseje volver sobre el asunto.

Por otra parte, para que pudiéramos satisfacer minuciosamente la curiosidad de nuestros colegas, sería preciso que empezara por haber algún acuerdo en las

preguntas; de otro modo, es punto menos que imposible dejarlos medianamente satisfechos siquiera.

Aunque entrara en nuestro propósito replicar á la advertencia que *La Discusion* nos dirige, haciendo justicia á nuestro partido sobre lo que llama defensas de *La España*, no escribiríamos una réplica, porque la casualidad ha hecho que llegaran juntos á nuestra mano los dos periódicos citados, el que llama la atención sobre las *defensas* y el que en calidad de *defensor* dirige al partido progresista los siguientes párrafos:

«Ese partido, que ha estado clamando constantemente por concesiones, no quiere hacer una siquiera, en provecho de sus ideas, ni aun oír hablar de ellas, por insignificantes que sean.»

«Es una desgracia para él y para todos: entrando en condiciones de verdadero gobierno, podia regularizar el juego de los partidos y de las instituciones representativas, estableciendo el turno legítimo que existe en los países regidos constitucionalmente. No quiere hacer ese servicio á la causa de la libertad y del orden, y prefiere enagenarse las simpatías que pudiera adquirir y dar motivo á que se tema por los hombres de buena voluntad la vuelta de tiempos que de seguro los mismos progresistas no quieren ver otra vez venir.»

«Es una desgracia para el partido progresista que su decantada reorganizacion se haya reducido á la vuelta á su seno de una docena de individualidades, que por muy respetables que sean no darán autoridad al partido desde el momento en que se los vé plegarse á sus exigencias y admitir de nuevo todas las exageraciones de

la antigua escuela progresista, admitiendo TODOS, ABSOLUTAMENTE TODOS los principios que la constituyen. Dicen que su bandera es la misma, que la conservan intacta y pura, y así será la verdad; mas el viento de los años y de las revoluciones la ha azotado, dejando en ella algunos pliegues, que impiden ver claro todo su mote ó leyenda.»

La España nos pide al final de su artículo una esplicacion innecesaria: ya hemos dicho que la dimos por anticipado; si esa no le satisface, solo podemos añadir que nadie habrá podido leer sin maravilla eso de que nuestro colega pretende calificarnos de *reaccionarios* porque sostenemos nuestros principios, y de que al mismo tiempo nos recuerde las condiciones del progreso.

La España es un periódico demasiado ilustrado para que pueda decir en sério que nuestro partido es un partido rutinario. Demostrado tiene el partido progresista que, fijo en sus principios cardinales, ha aprendido mucho en estos siete años de dolorosa experiencia; la conducta que viene siguiendo es testimonio de ello; la que observará cuando sea poder, acreditará que comprende bien aquello de su organizacion, que requiera bases más fijas y más nuevas de utilidad real y efectiva. El partido progresista no necesita para progresar alimentarse con ilusiones de mando, cuando le alcance y avanzando vá hácia él en línea recta hace ya tiempo; entonces demostrará el estudio que ha hecho de todas las cuestiones: entretanto, y puesto que, según *La España*, no es más que *un partido con que ahora se mete*

ruido, no corre prisa entrar en detalles hasta que *el partido meta ruido por sí mismo*.

Por otra parte, hemos llegado á tiempos tales, que nosotros, afiliados en el partido progresista desde que aprendimos á pensar, nos hallamos en la ignorancia más completa de lo que piensan nuestros amigos políticos, cuyos órganos oficiales de hoy más son, segun apariencias, *La Correspondencia*, *El Diario Español*, *El Constitucional*, *La Verdad* y *La Epoca*; es decir, todos los diarios á las órdenes del general O'Donnell; todos los servidores de la situacion caida.

El que quiera sondear lo más íntimo del pensamiento progresista, dirijase á ellos y no á *La Iberia*; consulte á los unionistas, y tan cumplidamente le contestarán, que tendrá que suplicarles que callen, so pena de que lleguen á aturdirle.

Hagamos un ensayo: ¿qué quiere saber *La España*? ¿Lo que se piensa sobre Milicia Nacional, por ejemplo? Pues no nos lo pregunte á nosotros; dirijase á *La Correspondencia*, que para esto de noticias falsas y de *últimas horas* famosas, se pinta sola, y oirá lo siguiente:

«Una persona de la mayor intimidad del marqués de los Castillejos, nos dice ha asegurado que es cosa *convenida*, si *no acordada* en pública reunion, que si el partido progresista es llamado á la direccion de los negocios públicos, no llevará á cabo «el armamento» de la Milicia Nacional, á la que creen no deber renunciar; pero tampoco recurrir sino en momentos supremos ó de peligro para el Estado ó para la libertad del país.»

Lo que no aconsejamos á nadie, es que pregunte el

nombre de la *persona*, que *dice*, *ha asegurado* que sea eso lo *convenido*, *pero no acordado*; de seguro no se averiguará el nombre, pero eso no quita para que, bajo la fé probada de esas líneas de *La Correspondencia*, se den á escribir comentarios sus compañeros de prensa, encargados de atacar la unidad de los partidos, para que se haga lugar una nueva representacion de otros cinco años, de la farsa que podria titularse como una comedia moderna: *Vivir sobre el país*.

Pero ¡á qué se molestan nuestros colegas en preguntarnos, y para qué perdemos nosotros el tiempo leyendo las preguntas? Lo que hay que leer son estas tres líneas de *El Diario Español*, y hemos concluido:

«La reorganizacion del partido progresista, no lodeden nuestros lectores, ha hecho completo fiasco.»

Esta noticia cierra toda polémica sobre la actitud del partido progresista; *El Diario Español*, cuyas noticias en este punto deben ser enteramente fidedignas, dá esta con sentimiento; la dá con los ojos enternecidos, calculando el pesar que ocasionará al Sr. Olózaga, que de seguro se cuida tanto de los sentimientos como de las satisfacciones de *El Diario Español*, periódico que á renglon seguido de la noticia, dedica un par de columnas á hostilizar lo que *ha hecho completo fiasco*: la actitud de nuestro partido, que han dado en llamar reorganizacion.

Cuatro palabras para concluir.

La España sostiene que el partido progresista se empeña en obrar exactamente como hace veinte y seis años; aunque no fuera más que para probarla lo con-

trario, el partido debería demostrar que ha ganado en cautela. Puesto que llevamos veinte y seis años diciendo lo que representamos, no vemos necesidad alguna de hacer hoy una profesion de fé, que no podemos hacer como se nos pida, que no debemos hacer ahora.

No podemos hacerla en estos momentos, nosotros que nunca hemos arrollado nuestra bandera, ocultando su lema en los pliegues, por lo mismo que ahora se nos pide á título de necesidad, de que demos á conocer qué reformas nos ha enseñado la experiencia, y como una especie de memorial para alcanzar el gobierno, que en todo caso, estamos seguros de ganar por oposicion.

No podemos hacerla sin ser excesivamente cándidos, simplemente por ser exigencia de los órganos de una parcialidad descreida, la que decorosamente no puede hablar de principios ni de doctrinas, la que en cinco años de gobierno no ha acertado á decirnos qué Constitucion regia, la que no ha podido explicar con un símbolo político por qué y para qué dominó al país.

Un partido que por espacio de veinte y ocho años está siendo ejemplo de firmeza en sus doctrinas, no necesita repetir cuáles sean esas al que tenga el capricho de interrogarle, y en la ocasion y en la forma en que se le exija la respuesta.

¿Qué se quiere? ¿Que digamos nuestro pensamiento? Todo el país le sabe.—¿Qué se pretende? ¿Que demos menuda cuenta de las innovaciones que el partido haria en su sistema, siguiendo los consejos de la experiencia?

Eso menos que nunca lo haremos ahora, que han

dado en decir que tenemos impaciencia de triunfar.—
 ¿Qué se desea? ¿Semilla para sembrar cizaña? Que vean
 si la encuentran en nuestras filas.—¿Qué se anhela?
 ¿Ocasión de rivalidades personales? No hay ninguna:
 es preciso crearlas artificialmente; invéntenlas los que
 crean adelantar algo con ellas.

A nosotros nos basta con llamar muy especialmente
 la atención del partido progresista hácia las maniobras
 que se están poniendo en juego con el propósito equi-
 vocado de crear escisiones.

A nosotros nos basta con que se observe que todas
 las miradas, absolutamente todas, se fijan hoy en el
 partido progresista, y que nunca como ahora se necesi-
 ta que muestre las altas cualidades que le distinguen
 y que redoble su cautela.

Es esta una ocasión más de demostrar que el partido
 progresista es un partido que sabe esperar dignamen-
 te; que ni es imprudente en la expectativa, ni cándido
 en las esperanzas; que tiene fé en los que por fruto de
 siete años de incesante pelea, han dado ya el resultado
 que se está viendo, y que por uno ú otro camino anun-
 cia claramente el triunfo de nuestra bandera.

Marzo 25.—1863.

IV.

Tan solo un día de intermedio nos ha sido dado, en
 nueve de continuadas contestaciones á toda la prensa.

de Madrid, consagrada, como lo está ya la de provincias, al único asunto en boga, el de la actitud en que se encuentra el partido progresista.

Realmente, daríamos pruebas de no tener corazon, si dejáramos de corresponder á las excesivas protestas de interés que de todos los campos se nos dirigen.

Es un fenómeno nunca visto el que estamos presenciando: el partido progresista se ha quedado sin enemigos en quince dias; á excepcion de los periódicos absolutistas, todos nos dirigen advertencias deseando nuestro bien, todos nos dan consejos, tanto más meritorios, cuanto que no se los hemos pedido; todos, hasta los vicalvaristas, repiten un dia y otro, con más ó menos habilidad, que se interesan vivamente por el partido progresista, y que reconocen y confiesan las altas cualidades que le distinguen, para acabar por declararnos que darian un ojo de la cara porque se colocara en condiciones de ser gobierno. Tanta bondad nos confunde, bien que no tanto que lleguemos á dudar el terreno en que nos encontramos, ni á vacilar en el camino que seguimos.

Nuestro apreciable colega *La Discusion*, con un buen deseo que no ponemos en duda, y nuestro cortés cofrade *La España*, con una intencion que todo el mundo conoce, coinciden ayer pidiéndonos una misma cosa; insisten en la necesidad de que digamos, lo que estamos repitiendo ya hace una semana, desde nuestro artículo del dia 18, desde nuestra reseña de la reunion celebrada por la minoría del Congreso y del Senado en casa del Sr. Olózaga.

Escojeremos de entre la multitud de razones que tenemos para seguir la conducta que seguimos, aquellas que correspondan al género de argumentacion que nuestros colegas emplean.

A *La Discusion*, que desea conocer en qué principios *acaba de caer* el partido progresista, la diremos que sin ofenderle y ofendernos, no puede suponer que un partido que tiene la honrosísima historia que el nuestro, que ha llegado á hacer de su nombre un emblema de consecuencia y de dignidad políticas, *haya caido ni pueda caer* en ningun género de principios que no sean los suyos propios, los que tienen por lema aquella verdad eterna, que hace cincuenta y dos años proclamaron en la isla de León los maestros de nuestra doctrina, al echar los cimientos de la regeneración liberal de España.

Medio siglo há que nuestro partido viene repitiendo las ideas que profesa, los principios que sustenta, los propósitos que le animan; y nada, absolutamente nada ha ocurrido que autorice á nadie para dudar que esas continúan y continuarán siendo nuestras ideas, esos nuestros principios y nuestros propósitos. ¿Cabe sigilo en lo que lleva medio siglo de publicidad? ¿Cabe oscuridad en lo que vive desde el primer momento á la luz del dia? ¿Cabe maquiavelismo en quien francamente declara que viene del 24 de Setiembre de 1810 y va á la libertad y al progreso? ¿Habrà en España una sola inteligencia, por mediana que sea, á quien esté haciendo falta saber cuáles son los principios de nuestro partido?

Pero *La Discusion* nos aconseja que hagamos un programa detallado, que digamos minuciosamente qué reformas han dictado al partido progresista la experiencia, los desengaños y el estudio de las necesidades del porvenir: que anunciemos, en una palabra, todo lo que haría en el gobierno, ahora que *se empeña en la difícil y embarazosa tarea de recomponerse*, ahora que *se dice y se proclama que va á subir al poder*.

Con hacer notar que fallan por su base todas las razones que dá nuestro apreciable colega para persuadirnos de la necesidad de un programa, no solo desaparece esa necesidad, sino que se demuestra la contraria. *La Discusion* cree que el partido progresista *acaba de caer en principios* que desconoce; el partido no ha caído en ningunos desde que se levantó con el de la soberanía nacional, y ni esto necesitaba decir ahora: *La Discusion* cree que el partido progresista *se ha empeñado en la difícil y embarazosa tarea de recomponerse*; el partido ni se esfuerza, ni piensa en tal empeño, y basta que un programa pudiera tomarse por medio de allanar *la difícil y embarazosa tarea* que se supone, para que se abstenga de programas, mientras no se convenza todo el mundo de que ni necesita, ni piensa consagrarse á semejante trabajo: *La Discusion*, en fin, añade á esas razones, la de que *cuando se dice y se proclama que el partido progresista va á subir al poder*, es cuando debe presentar con mejor claridad sus principios; que el partido ni dice ni proclama eso, lo verá nuestro colega en lo que vamos á decir á *La España*, juntamente con la razon que, precisamente por-

que eso se dice y se proclama, tenemos para esperar ocasion más digna y más solemne, no ya de desarrollar nuestra bandera, siempre ondeando, nunca plegada, sino de anunciar el plan de nuestra campaña, hasta el punto que la prudencia dicta á todo partido cuidadosamente observado y espiado para sorprender los movimientos que prepare, y salirle al encuentro con otros.

El partido progresista no necesita decir que los suyos son siempre hácia donde indica su nombre, jamás á la antítesis de él.

Vamos ahora á *La España*, que nos supone en grave apuro, y esperamos que la contestacion que demosal hábil é intencionado artículo que nos dirige, sin competir con él en habilidad, cualidad en que pocos ó ninguno llegan á nuestro colega, ha de aventajarle en claridad y franqueza, dotes cuya ausencia forma uno de los lados más característicos del diario moderado.

La España viene partiendo desde el principio de esta polémica de conceptos equivocados, que nosotros estamos rechazando constantemente: ya dice que el partido progresista no es más que *un partido con que ahora se quiere meter ruido*; ya asegura que es un partido que merece el ruido que mete y más, y que es preciso que se ponga en *condiciones de ser gobierno*; ya le anuncia que si sigue sus consejos leales, desinteresados, hijos del mejor deseo, puede irse preparando para ser poder; ya le desahucia por intransigente; ya le echa en cara que tiene impaciencia de mando, y que prepara y forma sus falanjes, no para presentar la ba-

talla en el campo legal, sino para marchar como en triunfo y de gala á ocupar los puestos que se figura no le serán por nadie disputados: y todo esto nos lo hace presente *La España* para convencernos de que debemos abrir una seccion en *La Iberia*, destinada á ir insertando todos los proyectos de decretos que daría un ministerio de nuestro color, y todos los proyectos de ley que se aprobarian en unas Córtes reunidas dentro de una situacion progresista.

No sabemos de qué manera persuadir á *La España* de que no siendo el partido progresista el que ahora quiere *meter ruido*, no tiene para qué tomarse la molestia de ocuparse en decir lo que no corre prisa *hasta que meta ruido por sí mismo*; no sabemos de qué modo convencerla de que ofende inadvertidamente al partido progresista, rogándole que adquiriera condiciones para ser gobierno; no sabemos cómo hacerla comprender que, siendo como es un partido de principios, de ideas, de espera, de constancia y de porvenir infalible, siempre está dispuesto á decir lo que quiere, excepto precisamente cuando se le exige, ofreciéndole en cambio anticipar un dia el triunfo de sus doctrinas.

Nuestro colega nos supone equivocadamente en un apuro: «en la dura alternativa de optar entre una manifestacion que chocaria de frente con las preocupaciones de la mayoría de su partido, y otra manifestacion que, halagando á esa misma mayoría, le enajenaria las simpatías de toda la nacion, y haria imposible que los progresistas llegasen nunca á ser gobierno.»

La España se equivoca; se lo decimos, no ligera-

mente como un medio impremeditado de contestarla, sino como una verdad y un hecho que alguna vez se confirmará; nada más sencillo que una manifestacion acerca de la cual no haya mayoría ni minoría, sino unanimidad: lo que nos enagenaría con justicia las simpatías del país, lo que repugnaria con la manera de ser del partido progresista, seria que, rebajándose hasta el punto de nivelarse con esas agrupaciones men- guadas, que no tienen más cohesion que el ánsia del poder, aceptára el papel de partido pretendiente, redac- tára humildemente memoriales, dejando al márgen blanco, para que *La España* pusiese la resolucíon que luego la conviniera, al ver destruida la inmensa fuerza con que el partido progresista se presentara en su día, á ocupar el puesto que le pertenece de derecho, y sin necesidad de merced.

Pero *La España* es verdaderamente cruel con nos- otros: tan pronto nos ofrece su proteccion, tan pronto nos da esperanzas, que siempre se quedan muy por bajo de las fundadísimas que nosotros abrigamos, (dejando aparte á *La España*); un día nos amenaza con deshe- redamientos eternos, y declara cerrado para nosotros el camino del porvenir; todo porque no creemos que sea esta oportunidad de proporcionar á nuestro colega la ocasion de recordarle lo que no puede haber dado al olvido: que el partido progresista ha de ser siempre muy distinto del moderado; y otro día cree que los progresis- tas no se hallan en estado de gobernar, y sin embargo se empeña en que ha de ser gobierno: ve que al parti- do le tiene la cosa sin cuidado; y él se le toma para

que el partido no permanezca en esa indiferencia.

Tanta bondad bien merece que paremos la atencion en lo que *La España* desea : analicémoslo :

« *La Iberia*, (dice), no ve la necesidad de que los prohombres del partido progresista, en representacion de este, hagan una profesion de fé; y sin embargo, esa profesion pública y solemne es más necesaria que nunca hoy que aquel partido se halla en un período crítico y en una grave ocasion. Castigado el país por dos administraciones de esas ideas, y aleccionado por la experiencia, recuerda con amargura y sobresalto aquellos tiempos de agitacion pública, de turbulencia general, de desórden y desconcierto, de impotencia gubernativa y estancamiento y retroceso en todo lo concerniente á los intereses y prosperidad de la nacion. Es preciso, absolutamente preciso, en bien del mismo partido progresista, que se sepa cómo pretende gobernar al país, ó mejor dicho, si pretende gobernarle ó consentir en que sea presa de las turbas y víctima de la anarquía; si se propone que vuelvan los tiempos en que, segun la feliz expresion de uno de sus ministros ante el Parlamento, cada dia que pasaba sin un motin era un verdadero milagro; si quiere ser gobierno de ley ó una sombra chinesca de gobierno; si ha de ser el progreso de 1840 á 1845 y de 1854 á 1856; si otro progreso, verdadero progreso, legal, nacional, firme, progreso legítimo por su propia iniciativa, y no impuesto por los tumultos de la plaza pública, por la vocinglería de los revoltosos y por los toques de generala.

» Todo partido está obligado á dar á conocer cuáles son

sus principios y sistema de gobierno, y la misma *Iberia*, al dirigir un cargo á la administracion pasada por su falta de claridad y precision en este punto, echa por tierra sus argumentos y deja sin justificacion sus ambigüedades y reservas.»

El menor de los errores de este trozo de *La España*, es el de comparar el silencio forzado de una situacion, que en cinco años de poder no encuentra manera de explicar al país en qué se funda su sistema, con la negativa momentánea de un partido, á repetir una profesion de fé, en ocasion en que se ve desheredado del gobierno, y ni hay convocatoria para unas elecciones, ni motivo alguno de lanzar programas, excepto la curiosidad sospechosa, de periódicos que desde que se fundaron han sido hostiles al partido progresista.

¿Qué más injusta, más apasionada y más ciega hostilidad, que el contenido de esos mismos párrafos que *La España* ha escrito, en su período más benévolo y más amistoso para nosotros?

Mal conocedor y mal intérprete de los sentimientos del país, es quien, apoyando la Reforma de Bravo Murillo y la situacion del 53, contribuyó á que viniera la revolucion del 54, en la cual tuvo que dejar abandonados, á los instintos del pueblo, los intereses por que decia haber dado aquellos apoyos: nuestro colega nos permitirá, visto aquello, que le tengamos por órgano hábil de lo que pasa en ciertas regiones; pero por periódico completamente desconocedor de la opinion del país.

Pregúntanos cómo piensa gobernar el partido pro-

gresista, ó más bien si pretende gobernar : aun tenemos húmeda la pluma con que dias pasados demostramos al diario moderado, que á nuestro partido no se le ha dejado gobernar jamás : si sus adversarios siguen siendo conspiradores que promuevan la agitacion pública y la turbulencia general ; si dirigen todos sus esfuerzos y sus recursos á esparcir el desórden y el desconcierto ; si toman por oficio que cada dia que pase sin un motin sea un verdadero milagro ; si organizan conciliábulos en Aranjuez y el Escorial, que den por resultado batallas como la del 7 de Julio ; si toman por campo de operaciones las Provincias Vascongadas, y sublevan allí las tropas y dirigen invitaciones á Cabrera, como *La España* sabe perfectamente que sucedió en 1841 ; si las maniobras están en el poder, y hay quien se preste á decir una cosa en la Representacion nacional á la faz de la nacion y á destruir eso mismo desde el poder, haciendo el papel de Judas, como en 1855 y 56, en ese caso, *La España*, mejor que nosotros, calculará si al partido progresista se le dejaria al fin desarrollar en el gobierno sus principios.

Aun en medio del sistema que siempre se ha empleado para que eso no suceda, nuestro colega no negará, (y si lo niega no podrá demostrar la negativa), que todo el progreso y todo el desarrollo del país, se debe á los breves períodos en que nuestro partido ha estado en el poder, á pesar de no haberle nunca dejado que los plantease tranquilamente.

La España se empeña en que por su conducto sepamos cuál es la opinion :

«El país, dice, que sigue los consejos de la experiencia, no quiere al partido progresista que prácticamente conoció ya en anteriores épocas; le quiere sensato y no perturbador, y no le otorgará nunca su confianza y con ella sus destinos, hasta que reciba las convenientes seguridades de que es capaz de regirlos quieta, pacífica y legalmente. No es lo más oportuno ni conducente para obtener esa confianza decir que el partido progresista está seguro de ganar el gobierno por oposicion; sería excesivamente cándido si hiciese ahora una profesion de fé, y que no lo hará en las presentes circunstancias «cuando se ha dado en decir que tiene impaciencia y seguridad de triunfar.» En esas frases no se ocultará una amenaza, pero preciso es reconocer que hay todo menos lo que el país desea, que es la claridad. Que esta se difunda sobre todas las tenebrosidades de la situacion actual de ese partido, interesa á este más que á nadie, porque en ello le vá su porvenir.»

Es decir, que venimos á parar en que *La España*, no solo nos anuncia que nuestro partido está incapacitado para hacer fortuna por caminos ordinarios, sino que está desheredado hasta de la legítima que le dejaron los varones de 1812, las víctimas de 1814 al 20, los sacrificios de 1823 al 35, los héroes de la guerra civil, y los que vienen vertiendo su sangre por la libertad desde Vergara hasta hoy.

Nuestro colega comprenderá que ha ido demasiado lejos, para que nos acerquemos á él: que la cosa es un poco fuerte, para quien anda solicitando una respuesta de su agrado.

Pues bien: á pesar de eso, vamos á contestarle, no sabemos si á gusto suyo, pero con arreglo á la prevision más completa.

Si lo que nuestro mismo colega tiene poco menos que por imposible, el partido progresista entrase en las condiciones constitucionales á que tiene más derecho que ninguno, demostraria que sus anteriores y brevísimas épocas de gobierno, aunque fecundísimas en bienes para la nacion, no eran, ni con mucho, ejemplo de los beneficios que produciria la práctica de nuestro sistema, tranquilamente planteado por primera vez.

Si otra cosa pasa, todos pueden presumir, pero nadie puede garantizar lo que sucederá: porque las tenebrosidades de la situacion, no de la situacion del partido progresista, sino de la situacion actual, son grandes, son inmensas; desde las peripecias de la última crisis, bastante oscuras muchas de ellas, hasta los paseos de D. Juan de Borbon por el Retiro y el Casino; desde París á San Pascual; desde el folleto del marqués de Miraflores, precursor de su entrada en el ministerio, hasta los opúsculos de Bravo Murillo, que en este momento salen á luz.

Nosotros suplicamos á *La España*, que ya que nos ha dejado á los progresistas desheredados del poder y desheredados de la opinion, en una especie de limbo que no nos es desconocido, porque en él decian que estábamos veinticuatro horas antes del 17 de Julio de 1854, consagre su atencion á cosa más digna de ella:

á darnos luz que alumbre las grandes oscuridades que rodean la situacion, y que sabe Dios lo que encierran entre sus tinieblas.

Marzo—27. 1863.

OBSTACULOS TRADICIONALES.

I.

Histórica y experimentalmente está probado hasta por hombres cuya conducta ha caminado grandemente separada de la nuestra, que el partido progresista se halla *desheredado del poder*; y esos hombres han formulado el axioma de que hay para que sea gobierno ese partido, *obstáculos tradicionales*.

Tres meses hace que, reconociendo sin duda nuestros adversarios los inconvenientes que lleva consigo, (en países donde se quiere conservar apariencias constitucionales siquiera), la confirmacion de esos desheredamientos y esos obstáculos, se dieron á desmentirlos y á fingir interés por que el partido progresista entrara en el turno del gobierno, sin necesidad de revoluciones, provocadas por demasias de nuestros adver-

sarios, cuyas consecuencias ha ido á evitar nuestro partido.

Pues bien; tan poco ha durado aquel súbito y tierno interés que por el partido progresista se fingia, y tan despiadado es el desquite, que ahora no solo no se desmiente ya lo de los desheredamientos y los obstáculos tradicionales; no solo se borra ya la esperanza, tan verosímil puesto que venía de los enemigos más encarnizados del partido progresista, de que llegaría tranquilamente al poder, sino que se pide á gritos, que se le cierre el camino legal de las elecciones.

Dos periódicos muy caracterizados, *La España* y *La Epoca*, coinciden en ese deseo que, lo declaramos como lo sentimos, nos satisface por lo franco, más, mucho más que aquellos argumentos forzados, con que se invitaba al partido progresista á entrar en el *turno pacífico*; siempre hemos preferido ver á nuestros enemigos armados de punta en blanco, á tenerlos delante vestidos con pieles de corderos mal hilvanadas.

Déjese ya correr sin contradicción obligada lo de los desheredamientos y los obstáculos tradicionales, déjese al partido progresista con su desgracia de no poder entrar en el turno pacífico, y hágase lo de siempre: negarle hasta la libertad electoral; todo esto es mejor que la hipocresía de hace tres meses; con todo esto estamos familiarizados hace muchos años, y nuestros adversarios renunciarían á su historia y su tradición si hicieran otra cosa. Con lo que no nos conformamos, aunque también estamos muy familiarizados con ellos, es con los pretextos que se buscan para escudar esos pro-

cedimientos de exclusivismo, más funestos para otros que para el partido progresista.

La Epoca, gran amiga del ministerio, (prueba de ello las dos zancadillas que la mayoría le echó para derribarle en cuanto se presentó en el Congreso); *La Epoca*, lealísima servidora del gabinete Miraflores, (con tal que conserve el comedero á los vicalvaristas, con tal que prepare una restauracion unionista, y se vaya abriendo la puerta á esa restauracion); *La Epoca* advierte al gobierno, que «lo que queremos nosotros, lo mismo que los diarios ultra-moderados, es aislar al ministerio, separándole de *sus naturales y más afines amigos* (tan amigos, que no le abandonan en el banquete del presupuesto, aunque enmedio del banquete hagan escarnio diario del anfitrión), desarmarle para vencerle en las próximas elecciones.»

La España, uno de los periódicos ultra-moderados á quienes ayudamos, en opinion de *La Epoca*, aconseja por su parte al gobierno que «no pierda de vista los activos trabajos del partido progresista, para (repárese bien en el horrendo propósito del partido progresista, que seria increíble por lo exorbitante, si no fuera tan legal y tan lícito como repugnante es el consejo) para adquirir en el Parlamento una posicion fuerte á favor de los elementos conservadores.»

Como se ve, la armonía entre las advertencias y los consejos de *La Epoca* y *La España* al ministerio, no puede ser más peregrina y nos dispensa de toda refutación.

Supone este último colega nuestro, que nosotros nos

indignamos por su consejo, y extraña la indignacion, porque decimos todos los dias que el advenimiento al poder del partido moderado, seria una calamidad suprema: hay en esto una falta de lógica impropia de *La España*: verdad es que eso hemos dicho, que eso decimos y eso diremos, no contentándonos con dichos gratuitos, sino apoyándolo en pruebas que hasta ahora no han sido desvirtuadas; pero jamás hemos llamado la atencion de un gobierno para que despliegue su influencia contra el partido moderado: imagine *La España* cuantos argumentos quiera para deducir que deben continuar los desheredamientos y los obstáculos tradicionales, ella meditará si así sirve á sus ideas; pero pedir, no contenta con eso, que se contrarie de oficio la eleccion de candidatos progresistas, es cosa que dá más lugar á lástima hácia los que tanto se afanan por cerrar herméticamente hasta el menor resquicio por donde pueda desahogarse la opinion, que á indignacion por lo que en último caso ha de dar necesariamente un resultado diametralmente opuesto al objeto del consejo.

« Se habla tanto, (dice *La España*), y tanto se declama pidiendo libertad, que á juzgar por esas declamaciones, al oir esos suspiros por el dia en que pueda brillar sobre nuestro suelo, se creeria que España es el país clásico de la opresion, que aquí apenas se puede respirar, y que es forzoso emigrar para esparcir el ánimo y no ver el cuadro horrible de una nacion que gime aherrojada, víctima de un rudo y desenfrenado despotismo. Por fortuna, solo con leer cualquier periódico,

sea cual fuere su matiz político, se advierte la exageración de semejantes asertos, y lo hueco de ciertos apóstrofes, comprensibles únicamente en un país meridional.

»España es, hoy por hoy, el país en que se disfruta de más libertad política y civil en Europa, excepto Inglaterra, y los mismos progresistas se verán forzados á confesar que nadie los cohibe en el libre uso de todos sus derechos de ciudadanos. Su hogar es sagrado, inviolables sus personas, garantida su libertad individual, y nadie pone el más leve obstáculo al desembarazado ejercicio de sus derechos políticos. ¿No hay leyes cuando mandan los progresistas? Pues esas son las que rigen y se observan y aplican cuando gobiernan los moderados, con la ventaja de ser más respetadas, porque el principio de autoridad es más respetado que en los días en que se alzan contra él barricadas y motines.»

Ciertamente que solo en un país meridional pueden escribirse y leerse semejantes fantasías liberales.

En esta nación, la que disfruta de más libertad política y civil, se empieza por no saberse qué Constitución está vigente: si la primera edición del 45, ó la reformada del 58; en esta nación, quien coje en la mano un periódico, no puede afirmar que lo que diga aquel periódico no se prohíba al día siguiente, sin que esto lleve consigo la necesidad de someterlo á un juicio; el que escribe no sabe, aunque tenga delante la ley vigente para atenerse á ella, si lo que fué lícito al escribir la primera cuartilla de un artículo, es fruta vedada al lle-

gar á la última, en virtud de una instruccion verbal al fiscal de imprenta; en esta nacion, esas órdenes verbales constituyen una jurisprudencia de circunstancias, que sólo se aprende á costa de una série de recogidas, que sirve para que los escritores adiciones la legislacion impresa con artículos de otra legislacion inédita, pero terrible, de la cual pueden servir de ejemplo las siguientes muestras: Se prohíbe hablar de San Pascual Bailón; se prohíbe hablar de una monja; se prohíbe hablar de quemas de libros, etc., etc. *La España* tiene razon: aquí hay una libertad completa, sin más limitacion que la voluntad del que manda.

El gobierno es hoy tolerante; pero no hay ninguna seguridad de que lo sea mañana; no hay ningun motivo para afirmar que mañana no venga otro ministerio que siga distinto sistema.

¿Dónde están terminantemente declarados los derechos de los españoles? ¿Dónde los ha de escribir, por ejemplo? ¿En la ley de imprenta de Nocedal? Pues bien: la práctica ha sancionado que no se respetan de modo alguno los pocos derechos escritos que tenemos, de lo cual nadie es aquí responsable. ¿No se ha dicho á la faz de la nacion por un gobierno, que sobre esa misma ley absurda de Nocedal, está el sentido comun del que manda?

¿Son esas leyes las que rigen cuando gobierna el partido progresista? Si esas rigieran, á estas fechas no existiria *La España*: ya la hemos dicho, y no nos ha contestado, que ella ó sus amigos podrian decir algo de quién ha alzado barricadas y motines, desde el mo-

tin de 1841 en Vitoria, hasta el motin de la Rápita : cuando quiera darnos noticias sobre esos asuntos, nosotros la diremos lo que se nos ocurre sobre esta anarquía permanente en el gobierno de los que toman el mote de principio de autoridad.

Hay aquí una historia que no se ha hecho, y si está hecha, no se ha publicado, porque no la dejarían publicar en esta nacion, donde, segun *La España*, tenemos plétora de libertades : la historia verdadera de los que han alzado barricadas y motines, investigando, no los brazos que han levantado los adoquines de las calles, no los soldados que se han salido en rebelion de los cuarteles, sino los intrigantes que desde sus gabinetes han trabajado para tirar las piedras escondiendo las manos : mientras eso no se averigüe, la verdadera música celestial está en la muletilla de los motines progresistas.

Dá grima leer en un periódico como *La España*, la ridícula indicacion de que la queja por la falta de libertades políticas, significa el deseo de la libertad de la anarquía : dá compasion el pasar la vista por el siguiente párrafo de nuestro colega :

«El partido moderado español ni consiente, ni puede, sin echar un borron sobre su nombre, consentir en que tal suceda, y uno de los títulos de gloria que debe á todo trance procurar obtener, es impedir que lleguen á realizarse en esta parte los deseos é ilusiones de sus adversarios. Los que nos preciamos de pertenecer á ese partido y defender constantemente sus doctrinas, estamos íntimamente convencidos de que prestamos un ser-

vicio al país y á sus más sagradas instituciones, excitando el celo de los que en tiempo oportuno y sin violencia, solo con una política prudente y previsoras, pueden conjurar los males que sobrevendrían si se entronizase esa libertad á que suponemos aluden nuestros colegas, y que no es la verdadera libertad.»

El partido moderado, despues de todo, está completamente desautorizado para darse esos aires de caballero andante, porque no ha tenido más eficacia que la carabina de Ambrosio ó la espada de Bernardo para oponerse á la opinion pública, cuando se ha visto obligada á traducirse en una revolucion.

¿Dónde están los títulos de gloria que en ese sentido pretende? ¿En la revolucion triunfante de 1836? ¿En la victoriosa de 1840? ¿En la vencedora de 1854? ¿En qué ocasion ha sido el partido moderado receta eficaz para hacer frente á revoluciones resueltas y verdaderas?

El artículo de *La España* es, pues (tenemos el sentimiento de decirlo), una provocacion tanto más imprudente, cuanto que es completamente inmotivada: queremos que conste así, y declinamos en nuestro colega toda la responsabilidad del giro que pueda tomar esta polémica.

La España se sulfuraba porque hablaba de desheredamientos y obstáculos tradicionales, y fué uno de los periódicos que pusieron más empeño en que el partido progresista diera una nueva prueba de su prudencia, en lo cual habia para éste la ventaja de adquirir hasta la última razon que pudiera faltar á la conducta clara y

decidida que se venía trazando. Ese resultado, y no ciertas añagazas torpes, cuya hilaza se veía á tiro de ballesta, y que nosotros venimos recibiendo como se merecen desde el primer día, ese resultado es el que deseábamos alcanzar y el que hemos alcanzado ya.

La España nos provoca ahora tan sin ocasion, como nos halagaba antes: preferimos la provocacion al halago.

Nos provoca porque, siguiendo en esto la opinion manifestada por todos los hombres más importantes del partido moderado, decimos que el país carece de la libertad política á que tiene derecho.

Nos provoca, con la injuria y la calumnia de que el partido progresista quiere la libertad de las barricadas y los motines.

Nos provoca, dando al partido moderado el papel exclusivo de salvador de instituciones, que ha abandonado en los momentos de peligro, y dejando el papel opuesto para el verdadero salvador de esas instituciones.

Nos provoca, pidiendo al gobierno que sobre los obstáculos de una ley electoral, calificada como se merece por el mismo ministerio; que sobre los obstáculos de unas listas de exclusion del partido progresista, puestos en el camino legal de los partidos, se eche contra el nuestro todo el peso de la influencia del gobierno.

Provocándonos de esta manera, nos provoca á que recordemos nuestro desheredamiento, á que veamos en esos obstáculos los obstáculos tradicionales.

Vengan en buen hora esas provocaciones, y sépase

en qué ocasion, por qué motivo y de qué periódico han venido.

Junio, 13.—1863.

II.

Con devolver á *La España* todo lo que anteayer dijo respecto al estilo del último artículo que la dedicamos, tendríamos hecha la crítica de las formas con que se expresó en el escrito á que contestábamos: de ella vino el desentono; de ella el lenguaje apasionado; de ella los apóstrofes que, de algun tiempo á esta parte al menos, no estábamos acostumbrados á leer en sus columnas. Si complacido está nuestro colega de las polémicas que con *La Iberia* ha tenido; si es cierto que cortesmente y hasta con galantería ha discutido siempre con *La España*, vuelva á leer el artículo que provocó el nuestro, y busque el diferente giro que tomó esta polémica, en el diferente temperamento de quien la haya seguido: en nosotros no ha habido variacion. La casualidad hace, que la misma pluma que escribe estos renglones, sea la que ha escrito todos los artículos que hemos publicado en las diferentes y empeñadas discusiones que entre *La España* y *La Iberia* ha habido en lo que va de año. ¿Por qué habíamos de ser ahora injustos contra lo que tenemos de costumbre? ¿Por qué habíamos de buscar ahora una ocasion de producir di-

ferente efecto en quien declara que ha discutido gustosamente con nosotros? Algo debia haber para que cambiáramos de tono, y ese algo ha sido el tono de nuestro colega; hemos puesto nuestro lenguaje al compás del de *La España*: eso es lo que ha habido.

Pero eso, segun ella, es una apreciacion equivocada; leimos ó comprendimos mal el artículo de que nos hacíamos cargo; vamos á averiguarlo.

Cierto que *La España* hacia salvedades en favor de *La Iberia*; ¿pero qué importa *La Iberia* al lado de la honra del partido que representa? ¿Qué importan las salvedades para nuestro periódico, si con ellas se creia autorizado el ingenioso colega, para decir, entre otras cosas, que nuestra comunión política «*tocó á rebato en la última crisis, alarmó la opinion pública diciendo que la revolucion llamaba á las puertas*, cuando eran ellos (los progresistas), los que *llamaban á las puertas de la revolucion para triunfar en aquella crisis?*» ¿Hay verdad en esto? Dígalo de buena fé *La España*. ¿Es cierto que el partido progresista hiciera en la última crisis la menor diligencia, manifestara la más pequeña impaciencia de triunfar? ¿Dónde están las pruebas de que llamáramos á las puertas de la revolucion? ¿Fueron los progresistas los que tocaron á rebato poniendo la guarnicion de Madrid sobre las armas? ¿Fueron los progresistas los que hicieron correr la voz de pronunciamientos en Barcelona y en otros puntos? Si *La España* nos demuestra que los progresistas fueron los que hicieron todo eso, estará en su lugar lo que decía en su destemplado artículo; mientras no haga eso,

tiene que reconocer que el artículo fué calumnioso é injurioso en el fondo, inconveniente en las formas.

Con analizarle ligeramente, presentariamos á nuestro colega una larga série de consideraciones, semejante á la que acabamos de hacer de la introduccion del artículo indicado: renunciarnos á esa tarea, y vamos á fijarnos en dos solas cosas: en lo que anteayer deja en pié *La España* de lo que habia dicho dos dias antes, y en el punto de partida de esta polémica.

Que anduvo más que inexacta, dando por sentado que « España es, hoy por hoy, el país en que se disfruta de más libertad en Europa » se lo probamos ya, y no tenemos para qué insistir más en nuestra demostracion de que sucede precisamente lo contrario: de que aquí no tenemos más derechos que los que reconozca la voluntad ministerial del momento, mientras nuestro colega confirme con su silencio lo que la dijimos sobre la arbitrariedad reinante con barniz de constitucionalismo.

Para ventilar cuándo es más respetado el principio de autoridad, tendríamos que empezar definiendo esa frase, tan manoseada por el partido moderado; tendríamos ante todo que fijar lo único que puede y debe entenderse por autoridad, y no tenemos inconveniente en probar á *La España*, si quiere que entremos en esta cuestion teórica y práctica, que el partido moderado no es quien puede alegar como mérito el respeto al principio de autoridad. Dejando esto á un lado, pero poniéndonos á disposicion de nuestro colega para explanar esta idea, vamos á los ejemplos que nos cita como demostracion:

«El 28 de Agosto de 1854, (dice *La España*), mandaba el partido progresista, y aunque bajo la presión de circunstancias azarosas, se esforzaba en restablecer y hacer respetar el principio de autoridad. En aquel día hubo un motin, y se alzaron barricadas contra el principio de autoridad, que entonces representaban los hombres de ese partido. Un anciano y venerable general progresista, símbolo en aquellos momentos de la autoridad, era maltratado en la Puerta del Sol, y por donde quiera que se alzaban barricadas asomaba la confusión y la anarquía. El presidente del Consejo de ministros, en las altas horas de la noche, daba la *orden de reducir por la fuerza á los rebeldes y hacer respetar el principio de autoridad.*»

La acusación de *La España* es al mismo tiempo la defensa del partido progresista. El 28 de Agosto hubo un motin. ¿Y quiénes son los verdaderos responsables de aquel motin? ¿Los que oponiendo una resistencia insensata á la opinion pública, la templaron de modo que toda la odiosidad de una série de gobiernos arbitrarios recayese sobre la reina Cristina, ó los que al saber que habia salido de Madrid levantaron los adoquines de las calles? Por ser antiguo y gastado, no deja de ser cómodo el sistema del partido moderado: ejerce durante una larga série de años una opresión absurda; gobierna arbitrariamente; hace de los derechos de los ciudadanos lo que mejor le cuadra; deshereda; levanta obstáculos tradicionales; señala los partidos contra quienes se ha de influir en las urnas; cierra todos los caminos legales, y cuando la opinion se

ha abierto los que siempre se abre al fin en semejantes casos, y cuando ha matado el principio de autoridad, entonces se retira á sus tiendas para anatematizar á los revolucionarios que ha sacado á las calles con sus demasías, y hace responsable al partido progresista de la más pequeña alteracion que haya en el orden, alteracion que viene el moderado promoviendo de muy atrás.

De todas maneras, la lealtad de *La España* la obliga á declarar que el partido progresista, aunque bajo la presion de circunstancias azarosas, se esforzó en restablecer y hacer respetar el principio de autoridad. Entonces, ¿á qué citar ese suceso, testimonio de lo contrario á lo que *La España* se proponia probar? ¿Es que del hecho solo de que se levantasen barricadas en Agosto de 1854, hay un cargo para el partido progresista, cuya autoridad las derribó? Entonces las barricadas de Marzo del 48, la lucha del 7 de Mayo en la Plaza, las infinitas acciones, las casi batallas habidas en las calles de Madrid imperando el partido moderado, constituyen otros tantos cargos terribles para esa comunión política.

¡Imprudencia lamentable hay en hablar así del 28 de Agosto! Si *La España* lo medita bien, comprenderá que el partido progresista hizo precisamente una de esas cosas que dificilmente se repiten con igual resultado, y menos cuando tienen por premio una injusticia irritante.

Pero nuestro colega nos cita otro ejemplo, diciendo:
« Más adelante un sargento de la Milicia atentaba

contra la Representacion nacional, y *un ministro progresista se veia obligado al dia siguiente á leer un proyecto de ley para poner freno á los revoltosos.*»

¿Y qué deduce de eso *La España*? Más atrás, (podríamos decir nosotros), un periodista moderado disparaba en la calle de Alcalá un cachorrillo contra la Reina; más atrás, un cura la heria de una puñalada en las galerías de palacio; más atrás, un hombre la asestaba un tiro en la Puerta del Sol, al regresar de un viaje por las provincias: todos esos atentados se cometieron en situaciones moderadas. ¿Seria justo que, imitando á *La España*, dedujéramos de ellos que en períodos moderados no se respetaba el principio de autoridad? Seria tan injusto como la cita de un proyecto de ley para poner freno á los revoltosos, hecha por quien debe recordar una gran coleccion de leyes y medidas de ese género, hechas por los moderados.

No nos detendremos mucho á contestar á la indicacion sobre la cuestion de Italia; diremos solo que el carácter que el partido moderado está dando á esa cuestion, es exactamente el mismo que en tiempos en que necesitaba un arma, daba á la desamortizacion que más tarde ha explotado hasta hacerla suya. La cuestion de Italia no tiene más que una solucion definitiva, y que es por añadidura inevitable: vendrá mañana, vendrá pasado, no sabemos cuando; pero vendrá de seguro: y el partido moderado, que ahora se muestra tan escrupuloso, reconocerá, no solo lo que ahora se asusta de que pueda reconocer el partido progresista; reconocerá más, mucho más; reconocerá la solucion com-

pleta. No muestre ahora pasmo *La España* por esta profecía; archívela, y andando el tiempo se la recordaremos.

Pero vamos al origen de esta polémica: *La España* es de los periódicos que más interés han puesto en negar que el partido progresista está *desheredado* del poder, que haya para él *obstáculos tradicionales*, por más que nunca se haya tomado la molestia de destruir el apoyo que la historia da al desheredamiento y á los obstáculos, efecto solo, segun ella, de que nuestro partido *no está preparado* para ser poder.

La España es muy dueña de decir todas esas cosas, siempre excusando razones que la sirvan de apoyo: todo lo que se deduce de eso es, que el partido progresista debe esperar á que el partido moderado se digne darle de alta en el turno constitucional: treinta y nueve años hace que el partido progresista está siempre siendo baja en ese turno, y ya, por lo tanto, sabe á qué atenerse.

De lo que no es tan dueña *La España*, sin contradecirse lastimosamente, sin dar la última prueba de cuáles son los propósitos harto aventurados del partido moderado, es de excitar al gobierno á que despliegue su influencia, para que el país no envíe al Parlamento más diputados progresistas que los que guste *La España*. Esa pretension suya, es el origen de esta polémica, y esa hemos rechazado, aun sabiendo bien que ha de ser atendido nuestro colega, y adivinando á las claras cuál será su resultado definitivo.

Junio 16.—1863.

III.

Realmente, más por cumplir un grato deber de cortesía para con *La España*, que porque lo veamos necesario, vamos á replicar brevemente á su artículo de ayer.

Nuestro colega supone que cometimos una contradicción, al señalar las causas del desentono que habia tomado esta polémica, desentono que nos atribuía y que la devolvimos porque era suyo: la contradicción, á su modo de ver, está en que un día le atribuimos á la ocasión presente, y otra al temperamento del articulista; en esto habria una duda entre dos conjeturas, pero nunca una contradicción; y que acertamos, cuando menos, en una de las suposiciones, y que fué suyo el desentono, lo prueba *La España* declarando francamente, que en lo que principalmente nos ofendió hubo «una frase que no tuvo la fortuna de expresar con la suficiente precisión;» cosa por cierto extraña en los redactores habituales de un periódico que se distingue siempre, precisamente por la esquisita precisión de su frase, y por lo bien que manda su palabra: pero esta franca declaracion honra mucho á nuestro colega.

En prueba de nuestra lealtad, señalaremos la variante en la copia de sus palabras que nos atribuye *La España*: hace ella constar que no dijo del partido progresista «tocó á rebato en la última crisis, alarmó la

opinion pública, diciendo que la revolucion llamaba á las puertas, cuando eran ellos los que llamaban á las puertas de la revolucion para triunfar en aquella crisis;» sino que sus palabras en este período fueron: «poco menos que tocaron á rebato cuando se anunció como probable que entraria en el poder ese partido (el moderado), y alarmaron á la opinion pública, diciendo que la revolucion llamaba á las puertas, cuando eran ellos los que llamaban á las puertas de la revolucion, invocando su auxilio para triunfar en aquella crisis.» Juzgue el público la diferencia que hay entre ambos textos.

En lo que está la diferencia es entre las frases de que se sirvió y la leal esplicacion que las dá, y que no menos leales nosotros nos complacemos en copiar al pié de la letra :

«Pregúntanos con este motivo y defendiendo á su partido de ese cargo, si hay en lo que decimos verdad; si es cierto que el partido progresista hiciera en la última crisis la menor diligencia, y manifestara la menor impaciencia de triunfar; *si fueron los progresistas los que tocaron á rebato, poniendo la guarnicion de Madrid sobre las armas, y haciendo correr la voz de pronunciamientos en Barcelona y en otros puntos.* Hemos dicho que no en vano apela *La Iberia* á nuestra buena fé, y de ello vamos á darle una relevante prueba.»

«No: el partido progresista no fué el que se esforzó en cierto momento crítico en esparcir la alarma á que se refiere nuestro colega en las anteriores líneas. Mal podíamos aludir á ese toque á rebato atribuyén-

dolo á los progresistas, despues que en pleno Parlamento se indicó bien claramente cuál habia sido el origen de los absurdos rumores que circularon, y cuando antes que en las Córtes se habia señalado ya por la opinion pública. Aquella alarma artificial tuvo un origen, que pronto dejó de ser un misterio para todos, y en ella no tuvieron los progresistas otra parte que el gozo que naturalmente debia producirles.»

«Mas ya que hacemos ingénuamente esta confesion, que sería innecesaria si se tuviesen presentes los sucesos de aquellos dias, y si se hubiesen leído sin pasion nuestras palabras, díganos tambien de buena fé *La Iberia* si su partido, profundamente alarmado, con razon ó sin ella, pues esto es de apreciacion, al anuncio de que ciertos hombres podian subir al poder, no hizo todo lo posible por impedirlo; si no publicó artículos tremebundos; si no evocó recuerdos de partido; si no suscitó en la prensa discusiones ardientísimas para inutilizar á determinados personajes y presentarlos como otras tantas calamidades públicas. Recuerde *La Iberia* la acritud y virulencia de ciertos artículos, que tuvieron su origen en ese deseo de hacer imposible un ministerio compuesto de ciertas individualidades; diga si los representantes del partido progresista permanecieron cruzados de brazos é indiferentes á aquella lucha, ó si en ella tomaron una parte activa y tan apasionada como á cada uno permitia su particular temperamento. Por cierto que entonces *La España* no trató de arrojar combustible al fuego, ni de exacerbar las pasiones, sino de calmarlas y apaciguar los ánimos, pues com-

prendió que su exaltacion á nada bueno podia conducir para los unos ni para los otros.»

«El partido progresista estaba en su derecho y en su terreno de combate legal, oponiéndose á que entraran en el poder los que conceptuaba como sus más terribles adversarios; y si estaba en su derecho y le ejercitaba, ¿no ha de estar en el suyo ni poder ejercitarle el moderado, en el mismo terreno, para oponerse al triunfo de su antagonista?»

«¿No ha de tener sobre todo, el derecho de defenderse? ¿Qué fué, sino *toque á rebato*, el lenguaje de los periódicos progresistas, y de los principales jefes de ese partido, cuando se creyó que iba á presidir un gabinete el general Narvaez? ¿Y no habíamos de decirlo? ¿Y ha de ser injuria ni calumnia usar de un derecho, y emitir un juicio histórico, fundado en datos irrecusables, á virtud de la facultad que para ello conceden á todo ciudadano, aunque sea moderado, la Constitucion y las leyes? ¿A dónde habríamos llegado en materia de discusion si unos habian de poder decirlo todo, y á otros no les habia de ser lícito decir nada, aun tratándose del derecho de defensa? ¿Es esa la libertad que nos regalarian nuestros contrarios?»

No es ocasion de demostrar á *La España* que el partido progresista no experimentó, ni siquiera el gozo á que empieza dejando reducido el *toque á rebato* (porque tal vez ese gozo no estaba en sus intereses), para concluir por designar como tal *toque* los artículos de los periódicos progresistas. Nuestro colega reconoce el derecho en que estaban de oponerse en el terreno legal

á que entraran en el poder hombres funestos al país; el criterio de *La España*, por mucho que le respetemos, no basta para calificar de artículos tremebundos, escritos con acritud y virulencia, los que tenga por conveniente; la autoridad de nuestro colega no basta para denunciarlos como *toque á rebato* para la revolucion; ninguno de aquellos artículos fué denunciado, ni siquiera recogido. *La España*, para terminar lealmente esta polémica, tiene que hacer una de dos cosas: ó pedir la responsabilidad al fiscal de imprenta, si cree que el partido progresista *tocó á rebato* y se salió con aquellos artículos de su derecho, ó reconocer que solo á la necesidad de la defensa ha presentado calificaciones que de seguro no las siente así.

Nosotros reconocemos el mérito que contrajo *La España* no oponiéndose al advenimiento de un ministerio que, segun parece, la complacia completamente; pero no podemos convenir en lo que dice sobre la actitud de los representantes del partido progresista; y, amigos de esclarecer y apurar los hechos, apelamos á la lealtad de nuestro colega para que esplique y pruebe la parte *apasionada* que en la crisis tomaron los progresistas; tenemos formada tal idea de *La España*, que estamos seguros de que ha de complacernos.

Por lo demás, nuestro colega vá cediendo, y con honra de su imparcialidad y buen sentido, en lo principal de esta polémica hasta el punto de que apenas nos deja á qué replicar: ya no sostiene que España sea el país de más libertad de Europa; ya se niega á averiguar quiénes fueron los responsables del motin de 28 de

Agosto; ya no dice, más que bajo su palabra, que el principio de autoridad sea más respetado en épocas moderadas que progresistas; ya no quiere hacerse cargo de nuestra indicacion sobre la multitud de motines ocurridos en situaciones moderadas; ya se calla en punto á la cita que hizo del atentado de un sargento en las Córtes, sin duda para no hacerse cargo del atentado contra la reina en la calle de Alcalá, de la puñalada en palacio, y del atentado de la Puerta del Sol: nuestra tarea se vá simplificando de artículo en artículo!

Su empeño ahora es presentarnos como exclusivos: «vosotros, (dice), teneis el derecho de proclamar que el partido moderado no corresponde á los deseos ni á las necesidades del país. ¿Por qué no le hemos de tener nosotros de decir otro tanto del partido progresista?»

La cosa no merece ciertamente una contestacion seria: la historia dice en qué partido está siempre la intolerancia y el exclusivismo; con recurrir á ella lograremos cuando queramos convencer á *La España*; pero, dejando la historia á un lado, ¿hay exactitud en el razonamiento de nuestro colega?

Verdad que el partido progresista proclama lo funesto que son los resultados de las situaciones moderadas, siendo en esto eco fiel de la opinion; pero ¿pide leyes de excepcion, ni desheredamientos, ni obstáculos tradicionales, ni anatemas electorales para los moderados? No: pide libertad para todos los partidos, la libertad á que tiene un derecho, cuyo atropello constituye un delito.

Verdad que con la ley moderada por grillos, las lis-

tas de Posada por esposas, y la ley de Nocedal por mordaza, el partido progresista dice eso, y dice más que eso, guiado por su amor al verdadero orden, y por un sentimiento elevado de patriotismo; dice que se mire el horizonte, y se vea lo que viene, lo que infaliblemente viene, lo que viene tan de seguro, que no hay nadie, inclusa *La España*, que no lo vea venir; pero ¿es eso lo que hace el partido moderado? Veámoslo.

Reconoce alguna vez la necesidad del turno de los partidos legales en el poder; pero sostiene los desheredamientos y obstáculos tradicionales, de que dá testimonio la historia, y contra la cual no valen sofismas, ni argucias, ni habilidades: no hay nada más eficaz que los hechos.

Si el partido progresista se queja en el Parlamento, dicen que es revolucionario; si se queja en la prensa, dicen que toca á rebato; si se presenta organizado, dicen que no está preparado para ser gobierno; si se prepara para luchar en las elecciones, piden al gobierno que fije la vista en los progresistas, para que la opinion del país no consiga enviar más que unos pocos de sus representantes, á pesar de la lucha titánica á que tiene que recurrir para ello, por ser tan desiguales las armas con que combate.

En suma: para el partido progresista, ni libertad electoral, ni libertad de imprenta, ni derechos constitucionales, ni consideracion de partido legal, ni siquiera la concesion de que él pueda saber mejor que sus adversarios si está ó nó organizado: el empeño de siempre en colocarle entre la espada y la pared: el afan es

darle á escojer, entre sufrir á perpetuidad la servidumbre del partido moderado, ó prestarse á la deshonra de renunciar á ser progresista: nada les dice á nuestros adversarios la experiencia de que el partido progresista ni se deshonra ni se resigna á la esclavitud, y que al fin siempre encuentra un tercer camino; áspero, pero inevitable cuando van así las cosas, segun la opinion de un español contemporáneo, á quien *La España* respeta tanto como nosotros.

Nuestro colega concluye con una observacion, que á primera vista parece una verdad de Pero-Grullo, y que sin embargo encierra un contrasentido:

«Si triunfa nuestro partido en las elecciones, (dice), no nos regocijaremos en la derrota de nuestros adversarios; pero *La Iberia* comprenderá en su buen juicio, que no deberemos entristecernos por no haber sido derrotados.»

El partido moderado triunfará indudablemente; con los elementos que tiene en su mano, *triunfaria cualquiera*; pero si *La España* es sincera, y no lo dudamos, en su significacion, *La España*, andando el tiempo, se entristecerá de no haber sido derrotada en las elecciones.

Junio 18.—1863.



DESHEREDAMIENTO

Y EXCLUSION ELECTORAL.

No vamos á formular quejas, vamos á consignar hechos: no tenemos la candidez de esperar otra cosa que la que pasa, pero tenemos la conciencia de que es altamente útil y fecundo levantar un acta de ello.

Vivimos en un país que dicen gobernado constitucionalmente; en un país que para lograrlo al menos, lleva cincuenta años derramando á torrentes la sangre de sus hijos, y á manos llenas los tesoros de que dispone.

Se acerca la época de unas elecciones generales; la ocasion en que se pone á prueba el constitucionalismo de que disfrutan los pueblos.

El gobierno tiene el deseo natural de que el sufragio

le sea favorable; veamos de qué manera obra para lograrlo.

El país está regido por una Constitución malamente reformada en sentido reaccionario, y en pugna con la opinión pública, sin más excepción que los partidos francamente absolutistas.

Las leyes orgánicas son centralizadoras y restrictivas, hasta el extremo de que todos convengan en la necesidad de variarlas.

La imprenta vive encerrada en condiciones que todo el mundo, incluso los hombres que hoy son poder, han calificado de monstruosas y absurdas.

El derecho electoral está organizado de tal manera, que según declaración del gobierno, no puede dar por resultado la voluntad del país.

Aquí hay partidos, fracciones, círculos, amalgamas privilegiadas que tienen vinculado el poder: y la fuerza irresistible de la experiencia, y las pruebas que ofrece la historia, han acabado por elevar á axioma innegable que hay excomuniones y obstáculos tradicionales, precisamente para los que más parte tienen en que exista lo que dá razón de sér al gobierno.

El ministerio actual empezó por ofrecer la más amplia libertad electoral.

Después de esta promesa solemne, no podía seguir, sin deshonorarse, más que uno de estos dos caminos: ó aguardar impasible, y hasta cierto punto indiferente, el voto del país, dispuesto á dejar el mando si le era contrario, ó esmerarse en adquirir simpatías para conseguir la realización de su deseo de obtener unas Córtes favorables.

En este caso ha decidido otra cosa: ha echado por el más funesto de los atajos.

No ha tenido valor ni para dejar el puesto, si veía malas probabilidades de éxito, ni iniciativa, ni resolución ni tino para prepararle del único modo que es permitido á gobiernos que quieren hacer el papel de enemigos de las farsas electorales.

No ha hecho nada, absolutamente nada para granjearse las simpatías de los pueblos, y adquirir mayor apoyo que el que ha debido á la circunstancia de venir tras de una de las situaciones más funestas que han pesado sobre España; se ha estado cruzado de brazos cuatro meses, para salir despues con una circular en que declara que quiere *hacer* las elecciones, y hacerlas de modo que le agrade el resultado.

Parece racional que para obtenerle debiera empezar por manifestar solemnemente á los que quiere que le complazcan, qué principios, qué ideas, qué sistema de gobierno es el de este ministerio mudo y paralítico. Nada de eso.

¿Sostendrá ó prescindirá de la reforma de la Constitución? La circular no dice palabra acerca de eso.

¿Mantendrá ó abandonará las leyes excesivamente centralizadoras y restrictivas? La circular guarda en este punto un silencio completo.

¿Conservará ó entregará á la suerte que merece la ley nocedalina? La circular no habla de tal cosa.

¿Dejará correr, ó procurará enmendar las elecciones por pequeños distritos, la continuacion de un sistema que el propio ministerio ha censurado como conculca-

¿dor del gobierno representativo? La circular se calla prudentemente.

¿Seguirá por sistema el privilegio en favor de determinadas banderías y la excomunion para otras? La circular no tiene interés en que deje correr el axioma tradicional: los órganos del gabinete son los únicos que hablan sobre la materia: *El Constitucional*, por ejemplo, para declarar que es una *paradoja* la idea de la renovacion pacífica de los partidos en el poder: *La España*, por ejemplo, para pedir que se fije la vista en los partidos, cuyo turno en el poder es una *paradoja*, y no se los deje tampoco traer al Congreso más que el número de diputados que calcule la prudencia ministerial.

Pero si nada de eso se propone lá circular, (preguntaria un extranjero que no supiera lo que en España pasa, y tomara por verdadero este barniz de constitucionalismo en que ha venido á parar la sangre derramada aquí por espacio de medio siglo), ¿qué diablos se propone la tal circular?

Se propone dos cosas: anunciar á la nacion que el ministerio está decidido á *hacer* las elecciones y resuelto á ganarlas; tiene, sin proponérselo, otro interés mayor: dar una prueba más del género de constitucionalismo que aquí tenemos.

Ya la frase *hacer* las elecciones, aplicada á los gobiernos y de uso corriente y general entre nosotros, está diciendo á voces cuanto hay que decir: en España los gobiernos *hacen* las elecciones.

El ministerio de Miraflores, sin embargo, es un mi-

nisterio muy poderoso : declara que hará al país el favor de no colocarse fuera de la ley *imponiendo candidato alguno*; que *no abusará* (usará tal vez, pero no hasta el abuso) *de sus facultades* (hasta ahora no sabíamos que las tuviera) *para atraerse voluntades que no sean suyas*, y eso que conservará en sus puestos los empleados que deben su reputación á manejos electorales reprobados por el ministerio mismo; llevará, en fin, su magnanimidad, hasta prometer que *no terciará en la próxima contienda electoral, para luchar como luchan los candidatos entre sí*.

Lo único que hará será procurar *conocer la verdadera situación de cada distrito electoral*, estudio tan fácil que para eso no necesita más que saber leer en un mapa; exigir á los gobernadores *cuantos datos y observaciones juzgue necesarias y convenientes para el triunfo*; *aceptar ó rechazar los candidatos á la diputación*, según que profesen ó nó los principios que el gobierno profesa.

Cuáles sean esos principios, importa poco; los gobernadores harán comprender á los distritos electorales que este gobierno es liberal, tan liberal, que para él las elecciones no son un derecho, son una concesión; conciliador, tan conciliador, que mirará con buenos ojos á todo candidato, siempre que se obligue á apoyar la conducta que él siga, porque él se propone *gobernar y administrar con provecho*, primero, *del trono*, después *del país*, y por postdata, *de las instituciones*; porque su política es ante todo *eminente conservadora*, y por añadidura, *eminente liberal*.



Lo verdaderamente eminente que hay en todo esto, es la prueba del grado de constitucionalismo que alcanzamos, el plágio mezquino de la miserable fraseología vicalvarista, verdadero caló neo-liberal, que ha venido á aceptarse como el lenguaje de la política en España.

¿Dónde? ¿De qué manera? ¿En qué forma está autorizado el gobierno para intervenir en las elecciones, para otra cosa que para hacer observar la ley y conservar el órden? ¿Quién es el gobierno para calificar de bueno ó mal resultado el de las elecciones si son los pueblos los que tienen el derecho de residenciarle, de juzgar su buena ó mala conducta y exigirle en el último caso la responsabilidad?

El gobierno reconoce que «la historia de las revoluciones vá por lo comun fatalmente unida á la historia de las reacciones, como la pena sigue á la culpa; (ejemplo no muy propio, porque hay muchos delitos que no se prueban, y otros que no siempre se castigan); *y no es esta por cierto la razon más oportuna para volver con amor la cara á reacciones absurdas ó imposibles.*» «Dice que aun hierve en la memoria *el recuerdo de los peligros que el trono y la libertad corrieron en época reciente*, y sería pecado imperdonable no prever ni conjurar otros mayores.»

Y sin embargo, habla con el marqués de Miraflores cuando creía provechosa la reforma de Bravo Murillo, que puso en peligro al trono; plágia á Fernando VII en las muletillas de lenguaje; copia á Posada en el argot hipócritamente reaccionario; repite, como corrientes,

las mayores heregias constitucionales; aconseja á los gobernadores una conducta que está fuera de sus atribuciones; deja correr, como buena, la máxima proclamada por sus órganos de que el turno pacífico de los partidos en el poder es una paradoja; se manifiesta dispuesto á hacer que los partidos, cuyo turno sea una paradoja, estén además condenados á cerciorarse de que es otra paradoja la esperanza de que puedan obtener en las elecciones más diputados que los que quiera el gobierno.

La paradoja de las paradojas es la circular toda entera; es el sistema constitucional de que dicen gozamos; es la pretension de que haya gobierno representativo, aquí donde, ni más ni menos que en los tiempos de Calomarde, se emplea la frase «el Trono, el país y las instituciones.»

Lo que no es paradoja, ni mucho menos, es que esas frases tienen siempre un correctivo doloroso: cuando son moneda corriente circulares de ese género, son inminentes sucesos en que las excomuniones, las paradojas y las exclusiones electorales, dan su resultado: el orden se invierte al fin, sin que haya en lo humano fuerzas que lo impidan; las instituciones se sobreponen, los paradojistas desaparecen, dejando abandonado el trono á merced del país, á quien se le venía escatimando como concesion lo que le pertenece con pleno derecho, con un derecho que reivindica siempre.

Junio 30.—1863.

RETRAIMIENTO.

I.

Está el partido liberal en el caso de reflexionar detenidamente la progresion reaccionaria que aquí se ha ido graduando por los moderados hasta parar en la circular del Sr. Vaamonde; y meditando lo pasado, y midiendo lo presente, adoptar la línea de conducta que aconseje la causa del progreso.

Sancionada, aceptada, jurada y publicada la Constitución de 1837, el partido progresista, en mayoría en las Córtes constituyentes, hizo una ley electoral que el moderado aceptó como buena, pero á la cual faltó cuando apoderado del gobierno por una intriga, midió la opinion del país y se convenció de que no estaba de su parte, y que era imposible obtener mayoría sin apelar á ardidés ilegales. Hizo uso de ellos y fué tirando con el apoyo de Congresos que estaban muy lejos de

representar la libre y espontánea voluntad de la nación como las Córtes elegidas en 1836.

El pronunciamiento de 1.º de Setiembre de 1840, vino á dar á los moderados la primera leccion de los inconvenientes que tienen las cábalas electorales, de lo débiles que son situaciones que no tengan real y verdaderamente en su favor la opinion pública.

Faltándole esta á la parcialidad moderada, y viéndose privada de los elementos de gobierno, únicos con que puede salir airosa de las urnas, adopta la política de retraimiento en las elecciones, donde sabia que habia de ser derrotada, con tanta más vergüenza, cuanto que proclamando y practicando aquella situacion la más escrupulosa imparcialidad, la impasibilidad legal más absoluta, no era posible cohonestar el descalabro de modo alguno.

El partido moderado acordó, pues, la siguiente línea de conducta: consagrar todas sus fuerzas á la oposicion en la prensa, que no tenia entonces por límites la ley de Nocedal ni otra parecida como ahora, sino que se movia impunemente en el campo de la injuria y de la calumnia, hasta llegar á la licencia: conspirar para derribar del poder á los progresistas, promoviendo la rebelion en las tropas y las fortalezas y en el mismo palacio de Madrid, á las puertas de la cámara de la reina.

Desgraciada esta rebelion, los moderados persistieron en la política de retraimiento, esperando y obteniendo de ella un resultado favorable la division del partido progresista, por medio de la cual consiguieron

lo que la suerte les habia negado, sublevando regimientos y ciudadelas y atacando al palacio de la reina.

Dueños en 1844 del poder, lo primero que hicieron fué una ley electoral de partido, con la cual y con el abuso de la influencia legal, con el de los corregidores llamados despues *corruptores* por su autor, y con la red tendida en toda la administracion para cohibir toda expresion del público sentimiento, pudiera el gobierno moderado cerrar la puerta á la manifestacion de la voluntad nacional, y traer Congresos á su gusto.

Imposibilitado así el partido progresista del triunfo legal de sus doctrinas, condenado á no obtener jamás mayorías parlamentarias, ni siquiera minorías que pudieran ejercer influjo natural por su número en la marcha de las cosas, intentó diversos movimientos, ya en las provincias, ya en Madrid, que fueron todos sofocados, con pérdida de muchas víctimas, de mucha sangre y muchas lágrimas.

La necesidad impuso al partido progresista la política de retraimiento, política que no es de su agrado, digámoslo en honra suya, porque eso hace el elogio de un partido; pero política á que debió lo que no habia podido conseguir, ni luchando contra las arbitrariedades electorales de los ministerios moderados, ni luchando á pecho descubierto, como pelea siempre el partido progresista, contra las fuerzas del gobierno.

Los moderados dijeron al ver esto, que nuestra comunión habia muerto, y se echaron á vivir y gozar: los Congresos habian llegado á ser más ministeriales que el ministerio; pero cuando la fortuna era tan ex-

cesiva, surgió la division entre los afortunados; se abrió paso donde menos lo sospechaba nadie; el Senado se hizo revolucionario, y brotaron de su seno los que abrieron el camino al partido progresista, que en veinticuatro horas dió pruebas de vitalidad que ocasionaron muy malos ratos á los que le habian creido muerto.

Nueva escrupulosidad legal del partido progresista; se repite la libertad omnimoda de las elecciones de 1837: el partido moderado lucha á la sombra de una union liberal protegida por el gobierno, á donde se acogieron improvisándose radicalmente liberales los que despues habian de clavar el puñal en el seno de la libertad, y sin embargo, no consigue más que un número insignificante de diputados.

Entonces adopta un sistema: el de 1840 con la variacion que le aconsejaba la ventaja de tener la mitad del ministerio suyo: guerra á la situacion en la prensa, guerra como lo anterior sin repugnar ningun género de armas: casi retraimiento en el Congreso: trabajo de zapa para promover y fomentar la division del partido progresista: trabajos del género de 1841 para lograr el triunfo por medio de la fuerza, de la fuerza de las bayonetas por supuesto, no de la fuerza propia.

Dueños los moderados del poder, nuevos afanes para cerrar las urnas al partido progresista; perfeccion y refinamiento extraordinario de ardidés para que no tenga ni un representante en las Córtes; escándalos y arbitrariedades como nunca.

El partido progresista lucha, y á pesar de todo, envia al Parlamento una excelente minoría, que lucha tambien sin cesar un solo dia: que repetidas veces crea leales obstáculos al gobierno, tranquilo sin embargo en una mayoría subordinada como un regimiento de suizos. La minoría progresista hace lo que todavía no se habia hecho: define la verdadera condicion á que se quiere reducir al partido que representa: protesta de ella, y deja anunciadas las soluciones del porvenir. La mayoría disciplinada y unánime se divide, se descompone, y aquella situacion viene á tierra.

El partido moderado sigue impávido en su sistema: no basta para cerrar las urnas al partido progresista la ley electoral de 1857, pues se hace otra nueva expresamente contra él: no bastan tampoco las restricciones de esa ley, hecha á placer de los moderados; se salta por cima de ella, y se apela á la arbitrariedad y á la presion: no basta esto tampoco; se decide la eleccion por pequeños distritos, que obedezcan á la voluntad de los gobernadores: no basta el poder de los gobernadores para pesar sobre todos los distritos; se les dá omnímodo para confeccionar las listas á su manera: no bastan las exclusiones é inclusiones á gusto del que manda; se emplea la amenaza y la corrupcion: no bastan esos resortes para sobreponerse á la opinion; se proclama descaradamente la influencia del gobierno en la voluntad nacional.

A este grado habia llegado el sistema electoral de los moderados bajo Posada y O'Donnell: parecia que no habia mayor perfeccion en eso de mistificar el sis-

tema representativo, y hacer escarnio de los principios constitucionales: no era así.

Los continuadores de la obra que llevó á cabo la situacion vicalvarista, reconocen que para proseguirla tampoco basta ya aquel sistema, y pretenden elevar á *influencia legítima* la *influencia moral*, y en una circular dicen á los gobernadores lo que ha de votar el *poder electoral*, que es por supuesto la comunión *introuvable* llamada moderada en sus buenos tiempos; y partiendo de este criterio, les autoriza para decidir qué *candidatos* son *dignos* y cuáles no; y no teniendo ni aun así buenas noticias de algunos distritos, en otra circular acaban por estorbar las reuniones electorales de los partidos, salvo el caso de que los partidos no se ocupen de los asuntos políticos que les dan razon de sér, y se sometan, entre otras mil humillaciones, á ser presididos por el delegado que escoja el que mande.

El partido liberal ha protestado de semejante violacion de su derecho, y se ha reservado meditar cuál debe ser su conducta ulterior.

Nosotros presentamos á su consideracion el cuadro de recuerdos que antecede para que se fije en ellos.

La progresion en la arbitrariedad es tal, que de atropello en atropello de los derechos de los ciudadanos, se ha llegado á conseguir hipócritamente el objeto de los golpes de Estado que fracasaron por la franqueza con que se anunciaban al país.

¿Está el partido liberal en el caso de dejarse llevar eternamente de atropello en atropello á donde les convenga á los moderados, prestándose á todos los que se

interpongan entre la voluntad del gobierno, que sin embargo tiene el mayor interés en adquirir un pretexto para decir que la lucha ha estado abierta para todos los partidos?

El poder es tan débil y tan menguado, que á pesar de tantas precauciones y tantos elementos de presion, teme el voto del cuerpo electoral, teme las reuniones de los partidos, y teme, sobre todo, una minoría como la de las últimas Córtes : á estorbar que venga se dirigen de un modo claro y manifiesto todos sus esfuerzos.

¿Está el partido progresista en el caso de anticiparse á complacerle, adoptando resueltamente la política de retraimiento, cuando un solo diputado progresista ha de servir al gobierno para afirmar impudentemente que ha habido completa libertad electoral, dando lugar á que ese gobierno diga que si nuestro partido no ha conseguido más que un diputado, es porque en la opinion nacional no le corresponde más que eso?

Planteamos estas cuestiones ; las entregamos á la reflexion del partido progresista sin hacer otra cosa que indicarlas, sin medir las probabilidades que vemos segun el partido que se adopte : creemos que los dos son muy graves, y acatamos anticipadamente la opinion que prevalezca, no sin manifestar francamente que nada nos parecería más deplorable que un acuerdo por el que nuestro partido pareciera humillado, y en que la dignidad de sus hombres quedase rebajada á los piés de nuestros gobernantes.

Hoy, como en los dias anteriores, manifestamos cuál es nuestra opinion, dadas las circunstancias en que nos

ha colocado el ministerio actual : hoy pensamos como ayer, esperamos pensar mañana como hoy ; pero aguardamos como hombres de partido y de disciplina la resolución que se acuerde como más conveniente, en la seguridad de que no ha de haber en nuestras filas uno solo que preciándose de progresista se separe de la resolución que adopten nuestros hombres importantes. En este supuesto, y mostrada ya nuestra opinion, damos aquí punto, esperando á que hable nuestro partido por medio de sus hombres más caracterizados, los cuales han de meditar (bien lo sabemos), lo que más conviene á su comunión ; teniendo presente, no solo su opinion propia, sino tambien la que han formado ya y sigan mostrando sus amigos de Madrid y las provincias.

Agosto 30.—1863.

II.

Halagos y amenazas, testimonios de vergonzosa debilidad y alardes de ridícula fortaleza : tales son revueltos y mezclados, los desahogos con que en estos dias demuestran su enojo los que ven la posibilidad, no más que la posibilidad, de que el partido progresista adopte la política de retraimiento.

Ya se ve, nuestros adversarios encontraban cómodo lo que aquí viene pasando de muy atrás.

Que el partido progresista está en el gobierno y tiene el apoyo de las Córtes y la opinion : intriga tenebrosa al canto, maquinacion subterránea en el acto, del género de la de 1836, ó de la de 1841 ó 1856, y viva el principio de autoridad : el partido progresista no puede ser nunca autoridad, por sentencia tradicional, por cláusula de desheredamiento.

Que el partido progresista está sufriendo esa suerte, fundado en causas misteriosas : arbitrariedades de todo género para que no pueda ejercer libremente jamás el derecho electoral.

Que á pesar de todo, obtiene mayoría : entonces lo que corresponde es la disolucion de las Córtes ; jamás su llamamiento al poder.

Que los órganos de ese partido son fieles intérpretes de la opinion nacional ; que molestan á los gobiernos moderados tanto como agradan al público ; que circulan de una manera desesperante : represion tras represion, hasta ver si es posible arruinar las empresas que los sostienen y extinguir de una vez su vida pública.

Que las minorías que representan nuestros principios en el Parlamento denuncian tales escándalos, á que no se contesta, y levantan protestas que no tienen réplica : entonces el insulto, la injuria, la calumnia, todo género de armas de mala ley para persuadir al país de que es un partido anárquico, disolvente, *imposible* en el gobierno.

Que á nuestros adversarios les conviene distraer al país con una empresa militar, y comprometiendo en ella el nombre nacional, reciben el apoyo del partido

progresista: en eso no hay ningun mérito, ni siquiera el del patriotismo; el partido hace lo que debe, y nada más.

Que llega una crisis verdaderamente anárquica, una disolucion completa del bando moderado, como la que ocurrió á principios de año, en que se agotan todos los recursos reaccionarios hasta parar en el autor de las insaculaciones; y el partido progresista, no solo predica el orden, sino que condena enérgicamente la agitacion artificial que procuran crear parte de los mismos moderados: eso no merece la pena de nombrarse, á eso está irremisiblemente condenado, ya sabe que él no está en condiciones de ser gobierno, ni lo estará hasta el dia en que el partido moderado lo declare así; es decir, hasta el dia en que no haya ningun conservador con ganas de justificar el verdadero sentido de esa denominacion.

Que viene un ministerio débil, y no diremos estrafalario, como el actual, cuya existencia no resiste á la primera sesion en que se presente á las Córtes, donde tiene una mayoría insidiosamente hostil; y el partido progresista, de quien pende la suerte de ese ministerio, se compadece de él, y creyéndole menos malo que aquel á quien reemplazó, le trata benévolamente: eso se debe al mérito de Miraflores, al prestigio de Concha, á los antecedentes de Vaamonde, á la consecuencia de Monares, eso es que nadie puede contemplar sin asombrarse tales cualidades reunidas.

Que llega el 2 de Mayo y se dá un gran escándalo nacional, y el ministerio no sabe cómo disculparse, y

alguno de sus miembros señaladamente aparece comprometido á los ojos del país: y el partido progresista, resuelto á desagraviar un gran recuerdo por medio de una gran manifestacion, desiste sin embargo de ella, porque ve que hay entre los moderados quienes quieren explotarla para derribar al ministerio. ¿Y qué? Eso prueba que el marques de Miraflores es *eminente* liberal.

Que se acercan unas elecciones: el *eminente* se dispone á *hacerlas nombrando los candidatos*; el ministerio les dice á los gobernadores lo que los electores deben votar; declara que es indiferente que sean ó no de los que vienen tendiéndole emboscadas desde la segunda sesion en que se presentó el gobierno actual, hasta la fecha en que escribimos, á condicion de que no se coloque á los progresistas en la lista de candidatos dignos.

Que el partido desheredado se dispone á pesar de todo á luchar, y convoca á sus individuos á una de las reuniones que viene celebrando constantemente en vísperas de elecciones, desde que hay apariencias de sistema representativo: nueva circular estrechando hasta las últimas distancias, exigiendo que el partido progresista acepte, además de la monstruosidad del sistema electoral y de la ilegalidad de conducta del poder, la humillacion y la vergüenza de ponerse para eso á las órdenes del último alguacil que señale el ministerio.

Que el partido se levanta á la altura de su dignidad ofendida, y protesta contra el último de los escándalos, y propone la cuestion de dejar ó no el campo libre al

ministerio : aquí los halagos y las amenazas, los testimonios de vergonzosa debilidad y los alardes de ridícula fortaleza.

No : el poder no quiere eso, al poder le conviene otra cosa, y el partido progresista no tiene más misión en España que hacer lo que le convenga al poder.

El poder no vive si no dá señales de vida el partido desheredado, el partido impotente, el partido difunto. Necesita de él para colmarle de calumnias y hablar de los peligros que nos amenazan, y del mérito que tiene el que se conserve el orden : necesita de él para que llegado un desorden, tan singularmente miserable como el que aqueja al partido moderado, se intente una reorganizacion imposible : necesita de él para que en casos apurados como los que hemos recordado, apoye al ministerio por evitar otro peor : necesita de él para que siga la ficcion del sistema representativo, y se diga que aquí luchan libremente todos los partidos en el terreno legal : necesita de él para que haciendo que no salga elegida sino una minorfa insignificante en número, valiéndose para ello de medios en armonía con la célebre circular, haya pretesto para decir que si no ha obtenido más representantes en el Congreso, es porque no tiene más apoyo en el país.

Hé ahí esplicada la sensacion que en nuestros adversarios ha hecho la sola indicacion de la posibilidad de que el partido progresista acordara abstenerse de tomar parte en la próxima lucha electoral : hé ahí el verdadero móvil de los esfuerzos que están haciendo para combatir esa idea.

Los medios que emplean para ello son distintos, como hemos indicado, pero igualmente malos, hasta el punto de no poder ser peores.

« El partido progresista no debe seguir la política de retraimiento, porque aunque la acordara la mayoría, no la seguirá otra parte. »

Este es un consejo amistoso de *La Epoca*, que ya ha podido ver algunos síntomas de que se equivoca. ¿Pero tiene *La Epoca* interés en aconsejarnos lo mejor? ¿Se afectaría ella hasta derramar lágrimas si el partido progresista se dividiera?

« Los progresistas se alarman indebidamente: en tal y cual parte se han celebrado reuniones, y las autoridades no se han mezclado en ellas; el gobierno pasará doscientas nuevas circulares reservadas sobre el asunto. »

Estas son indicaciones de *La Competente*, que podrá serlo de la dignidad del ministerio á quien sirve, pero que no es más que eso. El escándalo de la circular ha sido solemne: para repararle no sirven subterfugios miserables, se necesita la misma solemnidad; y después de esa reparacion, un solo ministro de los actuales que quedara en el gobierno, bastara para quitarle toda respetabilidad.

« Nosotros hubiéramos permitido esas reuniones, tal como se dice que se solicitaban, (dice *El Reino*); si de ellas pudiera resultar algo contrario al orden, hubiera sido vencido. »

Está gastado el recurso; los tiempos han cambiado: ciertos hombres que tienen ya la posición por que suspiraban, y en busca de la cual se rebelaron, no cons-

piran, que sepamos, como en 1854. Esas cosas pasaron de moda, no hacen efecto, son ridículas.

«La circular, en nuestro concepto, es hija de circunstancias gravísimas; el ministerio explicará en su día los móviles.... si los agitadores llegan á triunfar y partidos respetables les ayudan....»

¡Cuánto sentimos ver á un periódico como *El Contemporáneo* usando la fraseología que tanto combatió en los periódicos vicalvaristas! ¿Con que las circunstancias son gravísimas? La noticia no es nueva: ya nos la habia dado de oficio Vaamonde. ¿Con que el ministerio lo explicará en su día? Lo que es para explicaciones, este ministerio: y ¿qué quiere *El Contemporáneo* de los partidos respetables: que sigan contemplando á Miraflores, para que Miraflores no caiga y pueda seguir explotando á los partidos respetables? Nosotros vemos ya la cosa de otra manera: condenados á ir de Narvaez á O'Donnell, de O'Donnell á Miraflores y viceversa, nos son indiferentes los nombres.

«Lo mandado, mandado está; cartuchera en el cañon.—Señor, que no cabe.—Ese es el principio de autoridad: nada de abdicaciones: todo el mundo conoce el valor de *ciertas alharacas* por una parte, y de *ciertas contemporizaciones* por otra.»

Bien por *La España*; pero ella sabe mejor que nadie, que nunca hemos creído en las contemporizaciones que nos anunciaba en largas polémicas, y que sin deseárselas entonces, las deseamos menos todavía hoy. A nuestro colega no le importa un bledo que el partido progresista adopte la política de retraimiento: no

comprendemos por qué entonces se desata en amenazas contra un partido que abandona ó no abandona el campo á *los posibles*.

El partido moderado se ha dejado llevar de sus caprichos de una manera excesiva, y ha llegado á poner la cuerda en toda la tirantez imaginable: el partido progresista está en el caso de ser menos complaciente que hasta aquí: no hay que molestarle en darle consejos, es ya mayor de edad: son inútiles las amenazas; la opinion pública dice á voces dónde está aquí lo inminente: no hay que esgrimir de nuevo el arma vil de la calumnia; un dia que estemos de humor de ello, daremos los primeros quites á los golpes que ya se ensayan con poco tino; otras veces no perderemos el tiempo en eso sabiendo que ni uno solo de esos golpes ha llegado al partido progresista en cincuenta años de inútiles afanes para alcanzarle.

Por último, el partido progresista es mayor de edad; no necesita consejeros extraños á su comunión. En su seno tiene hombres de limpia historia, de talentos reconocidos, de patriotismo sin tacha; ellos son los que resolverán sobre lo más conveniente para el partido y para la dignidad de sus hombres. Cualquiera que sea la resolución que se adopte, ténganlo entendido nuestros adversarios, ni se tomará por la oficiosidad de sus benévoloos consejos, ni dejará de ser aceptada por la unanimidad de nuestros correligionarios. En momentos de prueba es cuando se conocen el valor y la disciplina de los grandes partidos.

Setiembre 2.—1863.

Ó TODO Ó NADA.

Estamos presenciando un gran espectáculo; asistimos á la demostracion evidente de una gran trasformacion, que venia elaborándose tiempo há, en los dos partidos que luchan en la arena política desde el principio de este período constitucional.

Heredó el progresista, con la fé y la firmeza en los principios liberales, la candidez y la confianza de los hombres de 1812 y 1820.

Nació el moderado con un lema de tres palabras elásticas: *Paz, Orden y Justicia*, que podian servir, lo mismo para el absolutismo que para el progreso; y adoptó desde el primer dia las artes de los gobiernos absolutistas, juntamente con la doblez y la hipocresía de la escuela doctrinaria francesa.

El partido progresista daba por el trono constitucional la sangre de todas sus venas.

El partido moderado aprovechaba aquella sangre para monopolizar el poder, meditando la manera de deshacerse del pueblo armado que le sostenía en el gobierno.

Un día, con un movimiento de sus masas, el partido progresista se colocaba en el poder.

Al día siguiente, con una intriga, el partido moderado deshacía la obra del movimiento.

El partido progresista coronó con la victoria la causa por que había luchado en la guerra civil.

El partido moderado se apoderó de ella, y encadenó al partido progresista.

Luchaba éste cuerpo á cuerpo con la reacción en la prensa y en las urnas.

Hacia pedazos el otro las prensas, y prendía y deportaba á escritores y electores.

Falto entonces el partido progresista de organización, torpe y funestamente dirigido por incapacidades que solo se acordaban de su puesto de jefes cuando podían serlo desde el gobierno, obedecía á los impulsos imprudentes del patriotismo: cada mes hacía un esfuerzo aislado para abrir paso al progreso.

Contentísimos los moderados con un partido que así vivía, contemplaban y complacían á los santones, y deportaba y fusilaba á los que les hacían el gran servicio de darles fuerza con una victoria mensual facilísima de alcanzar.

Cuando el partido progresista hubo sufrido muchos y muy horribles desengaños, maldijo el egoísmo y la nulidad del santonismo, y se retiró de la lucha armada

donde parecia sin concierto, y de la lucha legal donde se estrellaba con la arbitrariedad, guardando en el corazon la fé en los principios y la esperanza en su porvenir.

Cuando el partido moderado no tuvo con quien luchar, se dividió y luchó entre sí, abriendo el camino al partido progresista.

Obedeció todavía á un nuevo período de ilusiones y de confianza ciega; desahogó su alegría en vítores y en aclamaciones; se entregó por entero á llevar á cabo las grandes reformas que el país está experimentando, y aunque pasó por el poder como habia pasado por la proscripcion, desorganizado, y teniendo además á su cabeza hombres que conspiraban contra él, abrió en un bienio los raudales de prosperidad que, aunque torcidos en su curso, corren hoy por la nacion.

Conspiraron entretanto los moderados, se sirvieron de la excesiva buena fé de los progresistas, llamaron las conciencias y los intereses sociales contra reformas que ellos iban á explotar cuando triunfaran, intrigaron y maquinaron sin reparar en los medios, y volvieron al poder.

Pasó entonces una cosa muy elocuente.

El partido progresista se hallaba en el principio de un nuevo período de desgracia, y sin embargo, habia ganado tanto en condiciones, que las leyes y el sistema de represion hechos para contener sus doctrinas, no bastaban ya para vencerle, en la prensa ni en el Parlamento: fué preciso hacer otras nuevas todavía más restrictivas, y al mismo tiempo fué necesario refrenar sus

instintos de tiranía al mismo hombre que se había hecho célebre por el lujo de ella desplegado otro tiempo.

El partido moderado se hallaba en el principio de un nuevo período de fortuna, y sin embargo, el partido moderado no existía: se le buscaba y no se encontraban más que fracciones y grupos; se le preguntaba por su bandera, y acaba por confesar que, hecha pedazos la vieja, y no hallando elementos para reponerla, no tenía ninguna.

Siete años cuenta este período de reaccion.

El partido progresista no ha intentado durante ellos un solo pronunciamiento para derribar ministros: los ha empleado en una activa propaganda para pronunciar la opinión del país hácia el remedio eficaz de sus males; no dá expansion á su patriotismo con vivas y aclamaciones, estudia y medita; ha perdido el gusto á la música celestial y á las manifestaciones ruidosas y estériles, de que se aprovechaban sus adversarios; va derecho á su objeto, sin distraerse del fin definitivo á que camina gastando pólvora en salvas.

El partido moderado, sin mejorar en un ápice las funestas condiciones de su sistema práctico, antes bien llevándole á las más deplorables consecuencias, se ha visto obligado á abdicar desde el poder aceptando las reformas progresistas, contra las cuales llamó á la religión, á la sociedad; se ha visto obligado á redoblar la hipocresía, blasonando todos sus hombres de liberalismo, al mismo tiempo que todos se entregan al refinamiento de la reaccion; necesitando distraer la atención del país con un espectáculo de ruido, procuró

proporcionarse el acompañamiento de los progresistas, y para llevar á los soldados y á los voluntarios á Africa, no vaciló en cojer la batuta y marcar el compás al himno de Riego, que tanto habia ridiculizado ; ni economizó los faroles y las colgaduras, y las procesiones patrióticas, y el vocerío, y el alboroto.

En la imposibilidad de defender su sistema de mando y tambien de renunciar á él, le ha practicado hasta la exageracion á que le obligaba su desprestigio ; pero invocando al mismo tiempo la libertad, ha proclamado la necesidad de la tolerancia, mientras fundaba conventos y hacía quemas de libros ; se ha dicho amantísimo de la libertad de imprenta, mientras procuraba en vano matar los periódicos ; ha hablado de libertad electoral, mientras cometia mayores ilegalidades que nunca ; ha blasonado de pureza enmedio del período más corrompido del moderantismo.

El partido progresista ha hecho entretanto por medio de la tribuna y de la prensa, la más gloriosa de sus campañas : en el Congreso, la voz de su minoría no ha tenido contestacion ; las grandes y graves verdades que se dijeron en la Representacion nacional, no tuvieron respuesta ; en la prensa, las polémicas con los periódicos progresistas terminaron invariablemente por la retirada de sus adversarios ; en el país, los discursos importantes de los oradores progresistas eran leídos hasta en las cabañas ; los periódicos de nuestro partido alcanzan una circulacion inmensa. Se anuncia una idea, y la idea no tarda en estar prohijada en nuestra comunión más tiempo que el que necesita el correo para exten-

derla; se inicia una línea de conducta, y la indicación se realiza con la rapidez que ejecuta el cuerpo el pensamiento de la cabeza.

El partido moderado, entretanto, ha llegado al último extremo de su decadencia: sus oradores son órganos de pandillas de á docena de individuos, irreconciliables entre sí: el sable, que era uno de sus elementos de gobierno, se ha dividido en varios espadaones rivales, que ni pinchan ni cortan: sus elementos están tan rebajados, que para la formación de un ministerio necesita el tiempo que se empleó para la creación del mundo, y al cabo de ese tiempo, no encuentra cosa mejor que Miraflores y Concha; y Miraflores y Concha se sostienen á despecho de los mismos moderados, por temor de no encontrar forma de reemplazarlos: su desorganización es tal, que ni aun en vísperas de las elecciones pueden contener el ódio que se profesan las fracciones: su suerte es tan deplorable, que el gobierno mismo reconoce imposible de oficio la reorganización del partido moderado.

El ministerio contaba para intentarla con la oposición del progresista, y creyendo dar un gran golpe, llevó el abuso de la presión electoral al último de los escándalos, temeroso de que la idea liberal se le sobrepusiera, á pesar de haber puesto en juego todos los medios de coacción, y no sospechando siquiera que los progresistas dejaran de hacer lo que han hecho siempre: pelear en las urnas con la mano izquierda, si les habían atado la derecha, y dar con su presencia apariencias de legal á una comedia, y contri-

buir con su oposicion á la union de los adversarios.

El partido progresista hizo todo lo contrario: empezó por protestar de la arbitrariedad, y por reservarse, en vista de ella, hacer de su derecho el uso que le conviniera en concepto de la mayoría.

La posibilidad de una retirada del partido progresista, ha sido la preocupacion exclusiva de todas las fracciones sueltas que representan el disuelto partido moderado: halagos, amenazas, repeticion de la engañifa pueril del turno pacífico, parodias de las palabras del portugués que perdonaba la vida al que le sacara del pozo donde se ahogaba, abdicaciones miserables de parte del ministerio, nada se ha omitido para parar el golpe, cuyo solo amago ha sido una alarma de quince dias, y una sentencia de muerte del ministerio que se atrevió á atentar contra la legalidad del partido difunto.

El partido progresista, que no podia ser poder porque estaba desorganizado, no ha tenido más que una voluntad y una voz: la ansiedad de los moderados los lanzó á las calles para saber lo que resolvía, y no oyeron voces ni vivas: se metieron en los cafés, no habia gritadores; olfatearon en ciertos círculos, no oyeron nada, y se fueron á acostar afirmando que no habia acuerdo, puesto que no lo sabian ellos. Cuando se entregaban al descanso, hacía tiempo que se habia celebrado una reunion numerosa de siete horas, en las cuales estaba acordado por unanimidad lo que tanto temian los moderados.

Ellos se han encargado de decir la inmensa sensa-

cion que ese acuerdo ha producido en Madrid: ya sabrán por sus amigos la que ha producido en provincias.

En todo esto hay cosas muy significativas.

El partido moderado, en sus infinitas fracciones, se dedica á dar voces de liberalismo eminente, reñidas por supuesto con hechos: en sus momentos de prevision ha empezado á indicar la necesidad de que los progresistas turnen en el poder: en apuros como el de la última crisis y el del Dos de Mayo, dirige palabras melosas al partido progresista; en vista de conflictos como el que el ministerio ha creado, vuelve á lo del turno, y pide perdon de una manera más ó menos directa, y habla de ofrecer distritos como pudiera ofrecer plazas de alguaciles.

El partido progresista se levanta como un solo hombre á la altura de su dignidad, y amaestrado con las lecciones de la experiencia, declara colmada la medida de la arbitrariedad, agotados todos los medios de ejercitar libremente el derecho electoral y resuelta su retirada.

Los moderados dicen que esto es grave, tan grave que el partido progresista, á quien el ministerio hacía ofrecimientos, demuestra que tiene poder para herir de muerte con un acuerdo al ministerio que los hacia.

Nosotros creemos tambien que la situacion es grave: no hemos conocido jamás á nuestro partido en actitud más admirable, para fijar definitivamente la idea del progreso, sobre el desmoronado edificio de la escuela doctrinaria que ha dejado de ser.

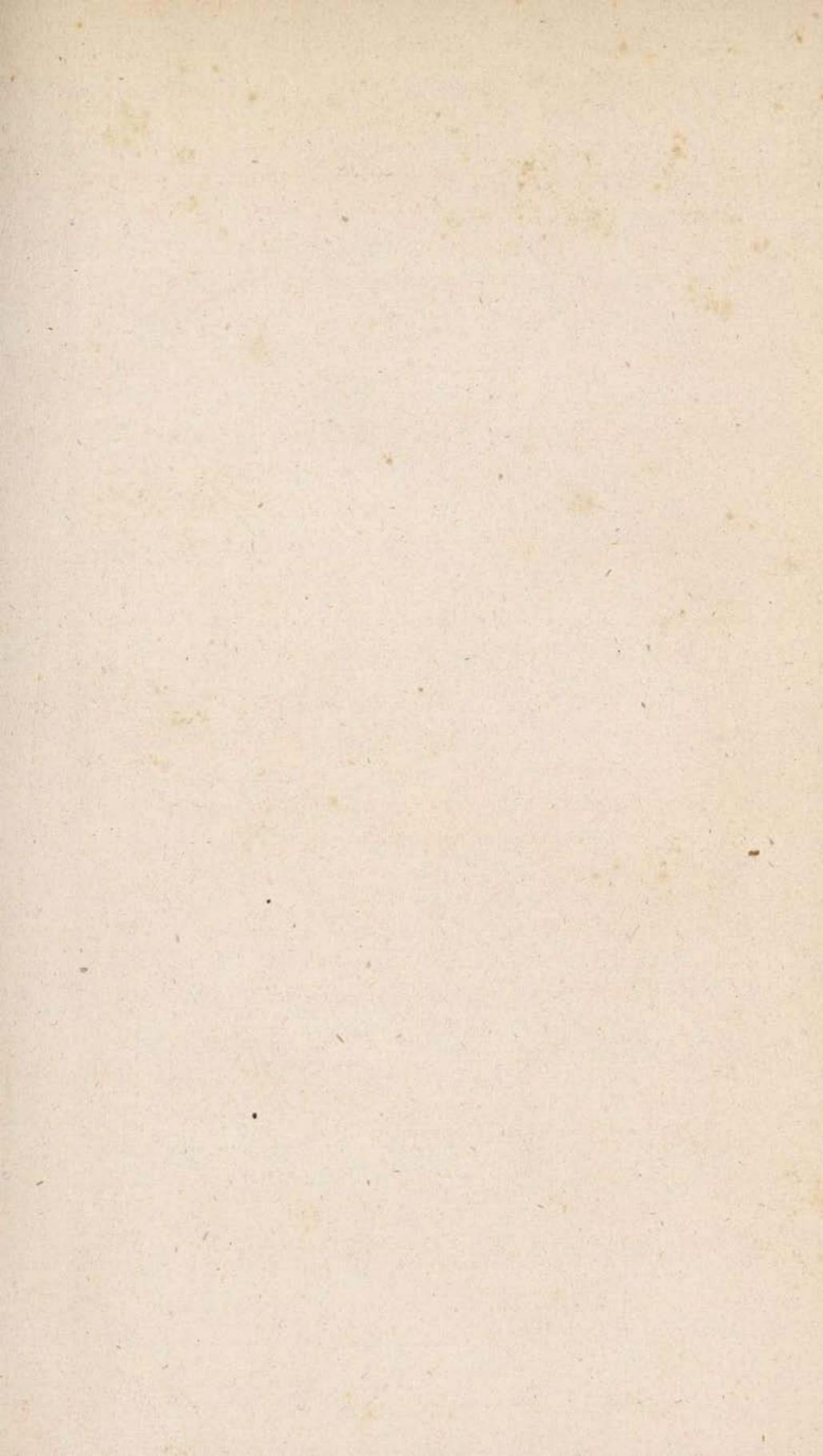
Setiembre 15.—1863.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Á la Tertulia Progresista de Madrid.....	v
Prefacio.....	vii
Sofismas en uso.....	17
La revolucion I.....	24
II.....	30
El principio de autoridad I.....	39
II.....	45
La fuerza y la idea.....	53
El militarismo I.....	61
II.....	69
III.....	74
IV.....	83
El militarismo antítesis del ejército.....	91
Impotencia del militarismo.....	100
Entre Muley-el-Abbas y el Gran Cristiano.....	108
Tetuan y Méjico.....	117
O'Donnell y O'Donojú.....	125
La prensa.....	133
Nuestro número de hoy ha sido recogido.....	139
Progreso europeo.....	147
El derecho de hablar de Roma es tradicional en España.....	155

	<u>Páginas.</u>
La nueva cruzada I.....	166
II.....	176
Roma I.....	186
II.....	194
III.....	201
IV.....	210
V.....	216
Ideas napoleónicas.....	223
Política napoleónica.....	231
Rusia.....	237
Polonia I.....	247
II.....	253
Hungría I.....	260
II.....	267
La república Norte-americana.....	275
Grecia.....	280
Bélgica.....	286
Cayla.....	295
Milagros y hechizos.....	303
Viaje á Andalucía.....	308
Cartas entre dos reyes que dejaron de serlo.....	315
Narvaez-O'Donnell.....	322
Historia de un muerto seis veces difunto.....	326
Escaramuza de una semana en toda la prensa adversaria I.	333
II.....	343
III.....	352
IV.....	358
Obstáculos tradicionales I.....	371
II.....	380
III.....	387
Desheredamiento y exclusion electoral.....	395
Retraimiento I.....	402
II.....	409
O todo ó nada.....	417





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1346141

